

ESCRITURAS DEL DESCONCIERTO

El imaginario creativo del siglo XXI

Virgilio Tortosa (Ed.)



PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

ESCRITURAS DEL DESCONCIERTO

El imaginario creativo del siglo XXI

VIRGILIO TORTOSA (ED.)

ESCRITURAS DEL DESCONCIERTO

EL IMAGINARIO CREATIVO DEL SIGLO XXI

I JORNADAS DE LITERATURA COMPARADA

PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Publicaciones de la Universidad de Alicante.
Campus de San Vicente, s/n
03690 San Vicente del Raspeig
Publicaciones@ua.es
<http://publicaciones.ua.es>
Teléfono: 965903480
Fax: 965909445

© Virgilio Tortosa (ed.)
© de la presente edición: Universidad de Alicante

ISBN: 84-7908-865-6
Depósito legal: A-271-2006
ISBN eBook: 978-84-9717-019-2

Diseño portada: candela ink
Corrección de pruebas: Joaquín Juan Penalva
Impresión: Publidisa

Esta edición ha sido subvencionada por una Ayuda para Acciones Dinamizadoras de I+D+I 2004 (IIACDI/2004/255) de la Conselleria d'Empresa, Universitat i Ciència de la Generalitat Valenciana, Modalidad B Difusión.

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información, ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etcétera–, sin el permiso previo de los titulares de la propiedad intelectual.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN: EL CRUCE DE MIRADAS 11
Virgilio Tortosa

ANÁLISIS

IMAGINARIO Y REALIDAD ANTE EL SIGLO XXI.
¿EL MEJOR DE LOS ESCENARIOS POSIBLES? 19
Virgilio Tortosa

CULTURA, CRÍTICA, UTOPIA 61
Alfredo Saldaña

CRÍTICA

POÉTICA ENTRE EL ORDEN Y EL CAOS
(PAUTAS DE USO PARA UNA NUEVA ÉPOCA) 83
Ángel L. Prieto de Paula

PROBLEMÁTICAS EN TORNO A UN PROCESO EN MARCHA.
LA ESCRITURA DRAMÁTICA 93
Josep Lluís Sirera

REFLEXIONES SOBRE 25 AÑOS DE NOVELA ESPAÑOLA
(DESDE LA «NUEVA NARRATIVA» DE LOS 80 A LA REALIDAD
DIVERSA DEL SIGLO XXI) 109
Manuel Rico

NARANJAS EN EL CREPÚSCULO. LA ESCRITURA CINEMATOGRAFICA 119
Juan Miguel Company

POÉTICA:

CUATRO IMAGINARIOS CREATIVOS

IMAGINARIO LÍRICO

CUATRO TESIS DE MAYO 133

Enrique Falcón

TENER LO CLARO 146

Antonio Méndez Rubio

CRÍTICA DE LO CONTEMPORÁNEO FRENTE A CLASICISMO CONSERVADOR ... 151

Isabel Pérez Montalbán

IMAGINARIO ESCÉNICO

EL JUEGO Y LA TRAMA 159

Jordi Galcerán

PREFIERO QUE ME quite EL SUEÑO GOYA... 165

Rodrigo García

DIME QUE ES VERDAD, POR FAVOR 181

Alejandro Jornet

IMAGINARIO NARRATIVO

LAS TRECE FORMAS DE OBSERVAR UN MIRLO 201

Francisco Casavella

SOBRE MI NARRATIVA Y SOBRE *LOS DÍAS DE EISENHOWER* 218

Manuel Rico

POÉTICA, FICCIÓN Y REALIDAD 225

Manuel Talens

IMAGINARIO CINEMATOGRAFICO

EL DOCUMENTAL COMO POÉTICA DE LA REALIDAD: *LA MANO INVISIBLE* ... 231

Isadora Guardia

EL GUÍON AUDIOVISUAL: UNA ESCRITURA EN PRECARIO 247

Jorge Juan Martínez

DE LA IMPRECISA NATURALEZA DEL DOCUMENTAL	252
Llorenç Soler	

CONFRONTACIONES

MESA REDONDA DE AUTORES I	263
MESA REDONDA DE AUTORES II	272
MESA REDONDA DE CRÍTICA	284
DEBATE SESIÓN POESÍA	296
RÉPLICAS A PONENCIA DE POESÍA	301
DEBATE SESIÓN NARRATIVA	308
PARA UNAS CONCLUSIONES IMPOSIBLES	311
Virgilio Tortosa	

PRESENTACIÓN: EL CRUCE DE MIRADAS

A lo largo de tres días de mayo de 2004 la Universidad de Alicante acogió las I Jornadas de Literatura Comparada. Cansado del sambenito de excesivo lastre teórico y conceptual que solemos arrastrar quienes nos dedicamos al quehacer de pensar la literatura, quise precisamente iniciar un ciclo anual que abordara las problemáticas más urgentes del comparatismo bajando a la arena y predicando con el ejemplo de abrir simbólicamente una necesaria y urgente relación entre teoría/crítica por una parte y práctica escritural (actual) por otra. Lo que en principio suponía un reto, conforme se sucedían sus preparativos me fui dando cuenta del carácter utópico de semejante hazaña, difícilmente extrapolable más allá del estrecho margen del pensamiento donde habían sido rumiadas, aun tan siquiera teniendo como telón de fondo la aparente neutralidad universitaria. Juntar a escritores más o menos representativos que irrumpieron en el panorama literario español de los 90 podía tener un carácter provocador como así me lo hicieron saber algunos participantes en su vertiente crítico-teórica. Sin embargo, hastiado también del excesivo lastre historicista universitario que a uno le tocó en suerte sufrir como estudiante en la segunda mitad de los ochenta, me creía en la obligación de acercar esas escrituras palpitantes y vivas de la calle a universitarios actuales. La intención era cruzar miradas sobre los distintos campos literarios (poesía, narrativa, teatro e incluso guión cinematográfico) con tres de sus representantes, además de un crítico literario de cada uno de esos géneros, que disertaran en torno a esos procesos en marcha. Aportar un poco de luz a esos procesos complejos de escrituras contemporáneas, lejos ya de la comúnmente transitada senda de lo instaurado como canónico, en una sociedad que confiere sus producciones literarias definitivamente bajo el marchamo inconfundible de la literatura dominante canonizada por popes y agentes involucrados en la transacción artística del mundo actual.

De hecho, una de las trampas más comunes en las que ha caído la literatura actual es el problema del canon. Llevada por inercias de siglos, la literatura reciente ha construido su esencia a partir de los libros de referencia que

tienen como trasfondo la tradición más acendrada, como si apostar por valores seguros (¿cuáles son?, ¿quién realiza esa apuesta?, ¿desde dónde?) fuera garantía de continuidad y por tanto de proyección hacia un futuro seguro, y lo que es peor el valor corporativo de autores que la representan como si de marcas de fábrica o de escuderías a las que promocionar se tratara. Parece que hablar de literatura hoy, más que nunca, es hacerlo de autores o corrientes consolidadas (legitimadas por las instituciones: aparatos críticos, medios de comunicación, sistema educativo) en las que quien queda fuera, generacional, temática o estéticamente, difícilmente podrá optar a ese olimpo de elegidos. Evidentemente este encuentro no pretendía juntar a lo más consagrado ni canónico del panorama porque para ese viaje no hacían falta tales alforjas: todo lo contrario, pretendía mostrar el problema del canon en su más viva encarnación. Ahora pensado, muy en el subconsciente (muy consciente) pululaba el espinoso tema que no en vano ha articulado la literatura y lastrado su quehacer desde hace algo más de una década.

La intención fue construir un espacio que analizara las relaciones entre literatura y globalización en su más vasta complejidad, así como que dirimiera cuanto está ocurriendo en la literatura tras la sintomática fecha de la caída del Muro de Berlín. Más de un crítico se afanó en recordarme que en la bibliografía española la fecha bisagra clave era el 92: no necesitaré decir ahora que, aunque los escritores eran *nacionales*, la vocación comparatista —marco ineludible del encuentro— nunca lo es. Lo que se ofrece aquí, con sus defectos y virtudes, es el cúmulo del material producido en dicho encuentro por los más diversos actores participantes.

Lo pedido por mí, aun con gran libertad, como se podrá comprobar en el material aportado por los creadores, era una reflexión sobre los parámetros motivadores de la escritura de cada cual (lo que comúnmente, y para entendernos, llamamos ‘poética’), junto con algún fragmento de su obra que les identificara. A los críticos literarios se les pidió, desde su experiencia semanal en medios de comunicación o bajo el paraguas universitario, una reflexión amplia sobre ese proceso contemporáneo hoy en marcha. No pequeño el reto, ciertamente, aunque variado —como bien se podrá juzgar— el interés de mi petición.

En un mundo hiperespecializado, importaba de la cita el encuentro de artistas de diferentes ramos reunidos para compartir y disentir experiencias y estrategias escriturales, analizar lo que está ocurriendo y cómo está ocurriendo, retomar la vieja querrela del lugar que ocupa la escritura ahora ubicada en un escenario *glocal*. Pero no menos importante es que, desde las orillas, esas miradas se cruzaran doblemente con la labor crítica e incluso teórica.

Si la deriva que toman los acontecimientos de la realidad siempre resulta desconcertante, la planificación de las jornadas acabó arando su propio surco allá por donde creyó más conveniente el roturado. El resultado que presentamos, aun siendo un tanto diferente del originario que le vio nacer, esperemos que no deje de hacer su pequeño aporte en el actual panorama crítico-literario. Lo bien cierto es que entre el deseo de lo pedido y la realidad de lo realizado el resultado se vuelve tozudamente caprichoso.

Lo que viene a continuación es el material resultante de toda aquella convergencia multidisciplinar, con una parte inicial dedicada al análisis de la época acotada y de esos procesos literarios, así como un planteamiento teórico-discursivo de la función de la literatura hoy; una segunda parte dedicada a la crítica de cada uno de esos géneros literarios allí representados; otra parte intermedia dedicada a las poéticas de dichos creadores; y una cuarta parte recopilatoria de los debates múltiples habidos en dicho marco entre los agentes allí congregados. Enmarca el libro un estudio genérico del cambio de paradigma en la sociedad y en la literatura en los años objeto de análisis respecto a épocas precedentes, realizado por quien esto firma; le sigue, dentro de esta sección, un estudio teórico-discursivo encomendado al profesor de la Universidad de Zaragoza Alfredo Saldaña, que analiza un debate tan vivo y subyacente en el material anterior como es el lugar que ocupa hoy la creación literaria en la realidad y en esa vasta multiplicidad de discursos que circulan en nuestro entorno. La ligazón entre postmodernidad y creación le permite clarificar los desplazamientos epistemológicos habidos en las últimas décadas tras el postestructuralismo, con la llegada de la deconstrucción, los llamados estudios culturales, el feminismo y la otredad. Un cambio de escenario sin duda cuando menos apasionante, a juzgar por los retos que traspasa al imaginario más reciente. Le siguen, en el capítulo inmediato, los cuatro estudios dedicados a los procesos literarios de cada una de esas modalidades abordadas, encomendados a reconocidos investigadores y críticos literarios en ejercicio como Josep Lluís Sirera en la sección teatral, Juan Miguel Company en cine, Ángel Luis Prieto de Paula en poesía, y Manuel Rico en narrativa. Una tercera parte recopila las poéticas allí leídas, tal como fueron encargadas a sus autores (tres por cada uno de los cuatro géneros), acompañadas de algún fragmento ilustrativo de su práctica escritural. Poseen el valor de ofrecer a un público lector una simple y variada catadura del actual panorama literario. Una cuarta parte del presente trabajo se dedica al material transcrito en sendas Mesas Redondas de los autores literarios allí representados, que titulé «Confrontaciones», a la que se le añade una tercera Mesa Redonda dedicada en exclusiva a la crítica allí presente. Se adjunta ahí el debate generado en algún género en concreto, como es el caso de la poesía, dado el interés que pudiera suscitar el

mismo, o el de narrativa, por desgracia breve ante las imposiciones horarias de un evento de estas características. La mala jugada del aparato reproductor impide presentar los otros debates, concernientes al resto de los géneros. Cierra todo el material recopilado una imposible conclusión a modo de balance, ante la diversidad de pareceres y complejidad de campos dilucidados, aunque bien pudiera funcionar como afirmador de esa diversidad de las letras actuales, en consonancia con la más inmediata realidad en la que se producen.

De alguna manera este libro se quiere deudor de aquella vieja máxima comparatista (que predicara René Wellek) de que la literatura no lo es por sí misma sino en su intrincada relación con la crítica y la teoría, a más de su inserción en el marco histórico en el que se construye. Al menos hemos intentado, en la medida de nuestras posibilidades, predicar con el ejemplo.

Aun desdibujado (y vuelto a dibujar de nuevo) el objetivo por los meandros de la creación y la crítica, antes de seguir debemos dejar bien claro que este libro en modo alguno pretende ser propuesta antológica o selecta recopilación de autores de cada uno de esos géneros (es obvio que en ese intento fracasaría de todas todas), sino problematizar cuestiones palpitantes de la creación en un mundo nuevo como el actual. (Simplemente los autores aquí acogidos son los que aceptaron el reto de discutir y quienes pudieron hacerlo, escrituras que han ido cuajando con mayor o menor fortuna a lo largo de la pasada década, pero con una cierta presencia en el panorama creativo español). Sin embargo, las escrituras aquí congregadas sí al menos son síntoma de lo que está ocurriendo hoy en los diferentes géneros. En última instancia este libro no pretende otra cosa sino la humildad de irrumpir en el debate actual de la creación desde una perspectiva combinada múltiple, esperanzado en aportar su pequeño grano de arena. Quien quiera ver operaciones canonizadoras o derivas similares está condenado al fracaso porque nunca fue ésa la intención que alumbró este encuentro sino todo lo contrario: abrirlo a los problemas reales y suscitar el debate abierto de los agentes implicados en la creación incluso y sobre todo rebañando todas sus posibles orillas.

Agradecer de antemano a quienes se prestaron a la complejidad del juego, muy especialmente a quienes se acercaron a la calurosa Alicante desinteresadamente ante el reclamo y reto lanzado, sin saber muy bien por dónde irían los tiros. Y también, cómo no, muy encarecidamente, a Alfredo Saldaña que, desde la distante Zaragoza, aceptó de buen grado para la ocasión dialogar con todo ese material acumulado, en una *tour de force* más que estimulante, rizando el rizo, si cabe, más de lo que marcaran las leyes de la prudencia por mi parte. A estas alturas no es necesario decir ya que uno sólo entiende la realidad — literaria, artística incluidas — desde esa pluralidad dialéctica de suma de voces. Es por eso que esta última voz se antoja lugar singular de lucidez en

este artefacto llamado libro al pretender clarificar (una vez más, pero cuantas haga falta) el carácter utópico de toda escritura, tanto más en tiempos de quiebros y conflictos permanentes como los actuales. Precisamente en tiempos en los que la conformidad parece el santo y seña de unas escrituras ampliamente marcadas por el sello aceptador del mercado y sus aparatos cómplices canonizadores.

A igual que las publicaciones periódicas con alto contenido de opinión se curan en salud con la correspondiente nota aclaratoria al atento lector, pasándole el total de la responsabilidad a sus colaboradores, del mismo modo, ni que decir tiene que quien esto firma tan sólo es responsable de haber creado las reglas del juego: los textos corresponden por entero a sus autores. Innecesario es a estas alturas decirle al atento lector, de nuevo, que entre el deseo de lo planificado y la realidad de lo escrito siempre hay un pequeño abismo difícil de conjugar por toda clase de avatares, incluida la famosa desidia universitaria. El atento lector bien lo descubrirá.

Decir, por último, que, como aquel documental tan absurdamente polémico que todavía colea en nuestra memoria colectiva, este libro siempre echará en falta a cuantos autores fueron invitados a participar pero declinaron por imposibilidad o inapetencia. Añadir finalmente que el encuentro estuvo enmarcado bajo el provocador título de «El imaginario colectivo del siglo XXI». Oír tiros que no identificar balas: de eso se trataba.

Las I Jornadas de Literatura Comparada, así como el presente libro, gozan de una Ayuda para Acciones Dinamizadoras de I+D+I 2004 (IIACDI/2004/255) de la Conselleria d'Empresa, Universitat i Ciència de la Generalitat Valenciana, Modalidad B Difusión.

V. T.

ANÁLISIS

IMAGINARIO Y REALIDAD ANTE EL SIGLO XXI

¿El mejor de los escenarios posibles?

Virgilio Tortosa
Universidad de Alicante

IMAGINARIO CREATIVO HUMANO

Si hacemos caso a aquella vieja máxima en la que el ser humano se definía no tanto ya por su capacidad de comunicación cuanto por su imaginación, convendremos que la historia de la humanidad es la historia de su imaginario. Parece una constante en la evolución humana –desde lo más tribal– esa necesidad de proyectarse a través del imaginario colectivo para así trascender las dimensiones concretizadoras de su puntual tiempo: ritos y mitos, creencias y religiones, arte y literatura, conforman parte de este imaginario dentro de las configuraciones colectivas de cada uno de los momentos. El imaginario asegura la continuidad social, su reproducción así como una regulación de la vida humana, suscitando en todos los tiempos (desde las representaciones de las cavernas) pensamientos en torno a la existencia, el mundo que nos rodea y el pensamiento humano. Cornelius Castoriadis (1996: 157) concibe las diversas formas sociales humanas de la historia esencialmente como «creación imaginaria», donde imaginario no es tanto lo ficticio, ilusorio o especulativo cuanto «posición de nuevas formas»: toda sociedad crea sus propias formas del mundo que habita, y en el que pretende conscientemente inscribirse (sistema de normas, instituciones, valores, orientaciones, intenciones...). Pero el imaginario social depende absolutamente de las instituciones que lo crean y le otorgan vigencia y sentido. Siendo como parece, pues, la esencia humana su alta capacidad de generar ese «imaginario social» (flujos representacionales de sí mismo mediante el desarrollo de una serie de lenguajes), esta búsqueda incesante del sentido humano a través de la creación parece su constante histórica. Desde la filosofía antigua (el mismo Platón) la imaginación fue equi-

parada con la tarea creadora del mundo (sólo reservada a los dioses), de ahí el peligro social que representaba de no ser que lo fuera mediante la licencia que permitía reproducir lo ya hecho mediante la llamada *mimesis* (esa lucha histórica de presentar lo real convencionalmente aun sin serlo mediante la proyección que lleva a cabo la imaginación). Sólo con la llegada de la modernidad, a fines del XIX, se abomina de la barbarie impuesta por la representación mimética histórica, y las vanguardias artísticas del siglo XX ponen toda su obcecación al servicio de la reivindicación de un arte no tanto representativo cuanto (performativo) creativo (pensemos en la consigna poética de Huidobro al negarse a cantar ya la belleza de la rosa sino más bien a hacerla florecer en el poema). La imaginación abre la puerta a la producción y ya no sólo reproducción del mundo: es el comienzo de una emancipación definitiva del arte respecto al mundo. Es por eso que se nos antojan más certeras que nunca aquellas palabras de R. Barthes (1975: 130) que afirmaban la renuncia definitiva del lenguaje a la capacidad figurativa de la realidad como antaño sucediera (referir de modo mimético resulta toda una imposibilidad), ya que tan sólo la operación que se encarga de los signos podrá hacerlo a su modo: “El realismo es siempre timorato, y hay demasiada *sorpresa* en un mundo que la información de masa y la generalización de la política han vuelto tan profuso que ya no es posible figurarlo proyectivamente: el mundo, como objeto literario, se nos escapa; el saber deserta de la literatura que ya no puede ser ni *Mimesis*, ni *Mathesis*, sino sólo *Semiosis*, aventura de lo imposible del lenguaje” (Barthes, 1975: 130); todo texto no pretende otra cosa sino implantar una verdad retórica a todos los efectos (bajo lo que llama «efecto de realidad»): lo real no será más que un significado no formulado, con apariencia de referente: las palabras son entidades autónomas y regidas por sus propias leyes. Hoy la transparencia del lenguaje se sabe pura ilusión, pese a las resistencias numantinas decimonónicas al respecto de discursos caducos pero totalmente vigentes y legitimados por exigencias de público y mercado.

El imaginario creativo humano continúa en este salto al nuevo siglo siendo el modo más potente de articulación de lo humano, y su proyección más persistente sobre la realidad (basta ver el lugar que ocupan las teleseries, el cine, la publicidad, la literatura en general o el teatro en nuestra sociedad). La complejidad cognitiva del mundo actual hace de la ficción el mayor transfigurador de la dimensión antropológica de la estructura imaginativa humana (Pozuelo Yvancos, 1993: 11). Si la ficción es la capacidad universal del ser humano de representarse a sí mismo, y construirse enfrente suyo de manera esquemática, la retórica no sólo es su horizonte junto con la lingüística (esto es, sus dotes de composición) sino también la psicología, la sociología, la ética, etc., conforman buena parte de su bagaje actual. La realidad no es más que pro-

ducto de un consenso (lo hechos se fabrican), cuestión de que una sociedad despliegue sus propios códigos culturales en un momento determinado. La construcción de mundos forma parte de la lógica del conocimiento humano, hasta el punto de que Goodman llegue a afirmar que los mundos que habitamos los humanos son deudores de los creados en nuestras ficciones, por actuar de un modo efectivo en ellas ante su requerimiento (del ficticio al real). Todo artista siempre pone patas arriba el mundo real para volverlo a componer de un modo similar a como lo hace el real con la intención de volverlo re-cognoscible, aunque con reglas diferentes (Goodman, 1978: 144). Trataremos aquí de analizar este proceso abierto y clarificar el modo en que se inscribe la ficción en la realidad, al tiempo que señalaremos las relaciones entre ambos mundos en latente tensión.

EL CAMBIO DE MILENIO: DE LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN A LOS RESPECTIVOS 11-S/-M

Con la caída del Muro de Berlín quedó finiquitado todo un siglo, y con él un régimen omnipresente en la vida de los occidentales. Desde 1989, los acontecimientos se han sucedido de forma vertiginosa hasta el punto de abrir una aceleración de la historia que desemboca en el 11-S neoyorquino, inaugurando dramáticamente el siglo XXI, un referente simbólico ya de todo un cambio de época. Los parámetros que regían la etapa anterior quedan obsoletos de la noche a la mañana. Frente a los presupuestos del final de la historia, ahora la historia misma se ubica en el escenario central de la catástrofe colectiva. Analistas no faltan que prefieren denominar con el término de «geopolítica del caos» (Thérèse Delpech) a la resultante de un mundo cada vez más dramático, cuyos desarreglos progresivos marcan sus propios límites internos. Hundida la utopía comunista, la historia se nos aparecía como un camino que avanza en la brecha de la Ilustración; pero el terrorismo internacional parece mostrar una modernidad occidental empañada por el rostro destructor de su antítesis. Ubicados en el conflicto permanente, los atentados recientes de Madrid no hacen más que confirmar la falsedad positivista sobre la que hemos asentado nuevos fundamentos cognitivos, perceptivos y políticos, de espaldas ya a cualquier modelo humanista.

La política europea y en general la Occidental, en tanto embajadoras de honor del economicismo y sus profetas empresariales, ha sustituido la polaridad Este/Oeste que mantuvo las vidas en vilo durante buena parte del siglo XX por otra divisoria todavía más crispante si cabe como es el eje Norte/Sur. Producto de buena parte de ello es que observemos en la actualidad un desplazamiento de lo político hacia instancias de poder más allá de las tradicio-

nales con la aparición de nuevos agentes económicos y financieros capaces de doblegar al sistema político. Las clásicas fronteras político-estatales, jurídicas y culturales están siendo desmanteladas en favor de una progresiva «transnacionalización» gestadora de un nuevo universalismo político que se reconoce en la diferencia cultural y en la tolerancia del otro, y que se construye como garantía comunicativa. Hay quien le ha llamado a este cosmopolitismo «sociedad mundo»: “la universalidad es la *conditio sine qua non* de una república cosmopolita y la única alternativa posible” afirma Francisco Jarauta interpretando los nuevos tiempos (2004: 3). Pero también es de advertir la necesidad de un nuevo «paradigma político» que plantea de lleno los desafíos del nuevo mundo: “A una historia global le corresponde una nueva gramática de las civilizaciones” (Jarauta, 2004: 3).

El modelo liberal-conservador impuesto ha generado desigualdades absolutas en la sociedad y economía planetaria. La paradoja de que a más riqueza producida mayor pobreza generada se lleva gestando desde hace varias décadas en términos peligrosamente alarmantes: nunca antes la ciencia había dispuesto de mayores posibilidades de desarrollo de cultivos para cubrir la hambruna, así como nunca antes la regulación de mercados ha conllevado el desperdicio de cosechas o su quema intencionada para salvar el mercado. La siniestralidad laboral, la exclusión social, el aumento del trabajo clandestino, la penalización de la pobreza en Occidente, la discriminación de la mujer, así como la violencia doméstica completan algunos de los males endémicos generados en los últimos años.

La moda más actual de deslocalización empresarial no es más que un movimiento que esconde las miserias del propio sistema al generar paro (y precariedad laboral) por centenares de personas a un mismo tiempo, sin pararse a pensar en el tejido social que alimentó esa realidad o esa tradición, sino en la propia vorágine del proceso concentrador empresarial que propugna. El patrón liberal clásico, con sus variables, ignora los costos sociales o medioambientales y renuncia a otros indicadores, por muy alarmantes que éstos sean: «si nunca se había producido tanta riqueza como hasta ahora, por algo será» parecen decirse los profetas de Silicon Valley, Hong Kong (Taiwan) y demás mecas del capitalismo, mientras miran para otra parte cuando el Protocolo de Kioto pretende establecer un crecimiento sostenido y responsable.

Es el fracaso más palpable del sistema político fundado en la Europa postrevolucionaria, el cual ha entrado en una espiral de crisis estructural que le resta progresivamente legitimidad y operatividad, más alejados de la ciudadanía y de los problemas reales de la sociedad. Un escenario desesperanzador abordado en clave fabuladora por Saramago muy recientemente en su *Ensayo sobre la lucidez* al imaginar el supuesto de una democracia que obtiene el 83%

de sus votos en blanco. Perfecta metáfora ésta para abordar la buena dosis de apatía, fracaso y cinismo del sistema impuesto por unos políticos sin proyectos ni ideas más que el beneficio de ciertas oligarquías a las que sirven. Frente al espejismo de libertad que ofrecen las democracias occidentales, existe una globalización que bloquea la capacidad de maniobra social del individuo.

La contrapartida de todo esto es el surgimiento de un amplio espectro de movimientos sociales de la sociedad civil, que surgen como alternativa a la política real y como necesidad de cubrir los huecos dejados por la alta política profesionalizada (esta amplia nómina de ONGs no es más que la constatación del fracaso del sistema político, alumbrando las fallas y déficits de éste). El peligro dentro de este mundo cambiante es la necesidad de reconstruir identidades en torno a ejes primarios, como pueden ser religión, etnia, territorio, nación: es el momento de fundamentalismos de muy variado signo azotando todo el planeta: cristiano, islámico, judío o budista (ligado tanto a una tendencia global como a la crisis institucional del sistema); pero es también el factor de mayor movilidad colectiva, ya sea en los Balcanes en plenos 90, en Oriente Medio o Próximo, en este ya trágico inicio de milenio, pero también en el corazón de la vieja Europa (País Vasco, Irlanda, fundamentalismo islámico, etc.) o en la urbe por antonomasia: New York. Como advierte Manuel Castells¹, en un mundo deslocalizado y desestructurado, sumido en la fuerza centrifugadora de la llamada globalización, la (búsqueda de la) identidad (colectiva o individual, atribuida o construida) se ha erigido en factor social determinante, curiosamente, no ya por lo que la gente hace, sino por lo que es o cree ser: sociedades que se han ido progresivamente estructurando en el tira y afloja de la conflictiva relación red/sujeto. Una tensión creciente en la estructura social que tiene a la comunicación social como mejor barómetro para medir la válvula a presión a la que estamos sometidos. En ese sentido, resulta constatable el hecho de que globalización y fragmentación son movimientos simultáneos de un mismo efecto, cuya inmensidad terrestre se topa con el individuo, la red con el yo: “los sistemas de información y la interconexión aumentan los poderes humanos de organización e integración, de forma simultánea subvierten el tradicional concepto occidental de sujeto separado e independiente” (Castells, 1996: 53).

¹ “la identidad se está convirtiendo en la principal y a veces única, fuente de significado en un periodo histórico caracterizado por una amplia desestructuración de las organizaciones, deslegitimación de las instituciones, desaparición de los principales movimientos sociales y expresiones culturales efímeras” (1996: 33).

LA DIALÉCTICA DEL «EJE DEL MAL»: TERRORISMO, GUERRA PREVENTIVA E IMPERIALISMO

Asistimos a un nuevo fenómeno que de tanto ser mentado en boca de altas clases dirigentes ha acabado por convertirse en amenaza seria para el sistema y que obliga a tener bien presentes los tiempos lejanos de las cruzadas, al menos aunque sea para no perder demasiado el norte. La política (supuestamente humanitaria) de liberación ha llevado a intervenciones militares en pueblos con dictaduras. La guerra preventiva que llevó a la intervención de Estados Unidos en Irak para neutralizar un armamento de destrucción masiva que nunca existió parece responder a la lógica de que sólo quienes lo poseen pueden agredir la soberanía plena de un tercer país: hacer y deshacer a su antojo estableciendo una nueva política de dominio hegemónico mundial. El resultado es la gestación de un mundo, con mucho, más inseguro que antes de la intervención de Afganistán, no sólo en lugares de conflicto, sino en el corazón de la civilización occidental. Si salvaje o neoimperial es la manera de arreglar el mundo, invadiendo países con tiranos incluidos, cabe preguntarse en este mismo contexto para cuándo la invasión de Corea del Norte, Irán, Arabia Saudí o Pakistán, eso por no mirar hacia propia casa con gobiernos de fachadas normalizadoramente democráticos. ¿Alguien puede imaginar un golpe de estado en Estados Unidos para salvarla de las garras oligárquicas que padece con auténticas sagas familiares petroleras al mando del país?² Ahora sabemos que esta Segunda Guerra del Golfo es el último episodio de una acción bélica comenzada precisamente por el padre del actual inquilino de la Casa Blanca, ocupando ese mismo sillón pero a principios de la década anterior, respondiendo a idénticas motivaciones y obsesiones, un modo, pues, que podríamos resumir de (mal)acabar una injerencia que nunca debió producirse, al menos en los términos en que ocurrió, al tiempo que una forma de asegurarse el control de la región, espacio clave en la geopolítica económica internacional. Entre tanta contaminación y manipulación informativa por parte del país hegemónico, también sabemos que había planes por parte de la administración norteamericana de invadir Irak antes del 11-S.

G. W. Bush fundamenta su gobierno en una camarilla de ideología extremista (ni siquiera el gobierno de R. Reagan había actuado de forma tan auto-

² Bien que sea por curiosidad, resulta inevitable mentar la teoría de la conspiración que rodea al turbio asunto del 11-S neoyorquino, hoy todavía no esclarecido. Cabe apuntar como bibliografía para la cuestión la ofrecida por el periodista francés MEYSSAN, Thierry (2002). *11 de septiembre de 2001. La gran impostura. Ningún avión se estrelló en el Pentágono*, trad. Ariadna Martín Sirasols. Madrid, La Esfera-Actualidad (ed. orig. Éditions Carnot, 1ª ed. mayo de 2002).

ritaria), un clan de hombres blancos, cristianos y fundamentalistas (contra el creciente poder de las mujeres, inmigrantes, homosexuales, otras etnias, religiones o tendencias sexuales, e incluso el simple laicismo). Un núcleo duro de derecha religiosa visionaria. Sin embargo, a golpe de manipulación de todo tipo (mediática, política, económica...) su grupo ha extendido un nuevo orden mundial de control militar en Oriente Próximo y en el mundo civilizado. Con el «divide y vencerás», la tradicional alianza anglosajona llevó a alinearse a Estados Unidos con Gran Bretaña, pero arrastró consigo a un gobierno tan conservador como el de Aznar, rompiendo así la armonía política de la Unión Europea y destrozando su pujanza económica y militar con la que contrarrestar el poderío del nuevo hiperimperio al otro lado del atlántico. Mentado el bote de humo del terrorismo, y confundido con el de casa, a río revuelto todo son ganancias cuando se pretende hacer causa común de una globalización terrorista que, por de pronto, suena forzada y artificiosa a más no poder, sobre todo cuando se trata de confundir interesadamente churras con merinas, o, lo que es lo mismo, ETA con Al Qaeda, es decir, contrarrestar el nacionalismo vasco con otro no menos histórico y centrifugador como el español, aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid. Una interpretación de la historia y de los acontecimientos recientes tan maniquea que ha contado con la complicidad divulgativa de medios de comunicación afines ideológicamente al partido que hizo de su capa un sayo durante los últimos y crispantes años de la política nacional.

El 11-S, y con él el resto de atentados internacionales de análoga factura (Casablanca, Riad, Estambul, Moscú, Haifa, Jerusalén o Madrid 11-M), ha constituido la perfecta excusa para las autoridades de países occidentales con larga tradición democrática de apresurarse a promulgar leyes censoras, restrictivas o violadoras de derechos fundamentales que coartan la conquista básica de libertades civiles y garantías democráticas. A la cabeza lo hizo el Congreso de los Estados Unidos, inmediatamente después del 11-S, concediendo poderes excepcionales a la policía y a los servicios de información, reduciendo los derechos judiciales del ciudadano (detención, deportación e incomunicación, escuchas telefónicas, controles postales y digitales, allanamientos sin permiso legal). Un amplio listado de precauciones sospechosamente autoritarias que tienen su colofón en la obligación del fichado digital y fotográfico de todo aquel visitante que entre en territorio estadounidense, por no mentar el decreto que instauraba los tribunales militares especiales para extranjeros formado por G. W. Bush, o el llamativo penal –contra todo derecho internacional– de Guantánamo. Le siguieron una serie de países en su órbita como el Reino Unido. Se piensa incluso en un surreal paisaje orwelliano con medidas mucho más severas, se dice, de control de pasaportes digitales,

capaces de almacenar impresiones electrónicas o biometrías de retina. Es un modo de estirar los principios fundamentales de su propia naturaleza fundacional como sociedades democráticas hasta el punto de correr el serio peligro de lesionarlas irreversiblemente de seguir el estado de excepción siendo norma, y la policía figura central de nuestros regímenes.

Para ello EEUU infringe cuanto recrimina incumplir a terceros países, algunos de ellos amenazados con invasión y otros invadidos finalmente. Entre sus incumplimientos, el más sonado es el no sometimiento a la lógica política internacional bajo directrices de Naciones Unidas, rompiendo cualquier tipo de estabilidad de la comunidad internacional; pero también es el serio precedente medioambiental de no aceptar el protocolo de Kioto, la negativa al sometimiento de sus soldados al Tribunal Internacional de La Haya, etc. Proponer atacar el llamado «eje del mal» supone, más allá de la búsqueda imposible de una estrategia contra el terrorismo (como si fuera uno y unitario), la legitimación de un nuevo orden internacional fundamentalista en el uso del poder militar hegemónico norteamericano. Entre tanto, Naciones Unidas ha sido cuestionada por la opinión pública mundial ante el papel servil que acomete respecto al lugar sobre el que asienta su sede.

Por si ese estado de cosas no fuera suficiente, para añadir más leña al fuego, el profesor estadounidense Samuel P. Huntington alcanzó fama mundial con una polémica tesis publicada en 1993 concerniente a —como el propio título rotula— un previsible «choque de civilizaciones», donde alertaba del peligro de extinción en el que se mecía Occidente por la amenaza de otras civilizaciones, sobre todo la musulmana y la confuciana, voz de alarma emitida más recientemente con otro ensayo titulado *El reto hispano a EEUU*, en el que ahora advierte de los peligros de la población hispana para el proyecto cultural estadounidense. El mismo perro pero con diferente collar, podríamos aducir: el problema no reside tanto en lo acusado cuanto en la mente del acusador, recelosa de sus privilegios históricos, una vez más. Frente al eufórico liderazgo mundial del credo político norteamericano proclamado por Francis Fukuyama en *El fin de la historia*, Huntington invierte la clásica supremacía de los llamados *wasp* (blanco, anglosajón, protestante) contra negros en favor de otra que considera todavía más destructiva de los anglos contra los hispanos. Esta profecía ultraconservadora e incluso racista viene fundada en el omnipresente temor de los anglos por aquello que les pueda hacer sombra, en este caso es el torrente de inmigración que ha ido cruzando Río Grande a lo largo del siglo XX, hasta el punto de que las estadísticas proclaman un *amenazante* desequilibrio étnico en el país más poderoso de la tierra: con esta dinámica, la mayoría blanca podría empezar a dejar de serlo hacia el 2050. Frente a un planteamiento en términos de mezcla enriquecedora, como debiera ser lo propio,

agoreros como Huntington prefieren interesadamente hablar de enfrentamiento civilizatorio.

LA NUEVA CRUZADA: FRACTURA PROGRESIVA ORIENTE/OCCIDENTE

Un ejercicio de memoria colectiva nos obliga a recordar que el mundo árabe no apareció en África del Norte y Oriente Medio porque sí, sino conquistando (entre los siglos VII y XI); pero también es cierto que los árabes han adoptado de la colonización occidental sus vicios más abyectos, ahora adosados a su cultura religiosa teocrática (el código penal es el Corán; la ley no es resultado de consenso nacional sino voluntad sagrada) y, por tanto, contrarios a los mandatos de la modernidad que rige Occidente. Otro mucho más profundo ejercicio de memoria nos obliga a tener bien presente que, frente al ensayo de la barbarie proyectado por todos los medios de comunicación del mundo global en este fracturado principio de milenio, Irak es la cuna de la humanidad, origen de nuestra civilización (la antigua Mesopotamia), lugar donde surgieron el alfabeto, la agricultura, la astronomía o arquitectura, etc., ahora destruidas sus huellas y saqueada su memoria ante la pasividad dominante neocolonial occidental. Cabe preguntarse si este ejercicio de desmemoria global se ha realizado inocentemente.

La Primera Guerra del Golfo no hizo sino acentuar una escisión entre el mundo occidental y el oriental, con unas dimensiones bien visibles en el nuevo orden mundial, por obligarles al repliegue hacia su propio pasado cuando el futuro ha sido extirpado por las esquirlas del armamento supersónico del ejército más implacable de la historia de la civilización: la religión está siendo factor cohesionador todavía más potente que antes. Si la democracia arraigó progresivamente en Occidente a partir del XVI gracias a su progresiva laicización de la sociedad, en el mundo arabo-islámico las condiciones de dicha laicización están todo lo lejos de producirse de lo que los mandatarios occidentales quisieran.

La buena memoria nos obliga a recordar que Occidente envenenó ideológicamente con su proceso colonial decimonónico los espacios sociales objeto de dominio en Oriente, al vender una homogeneización cultural, una pérdida de identidad con los avances técnico-industriales en procesos culturales a la postre radicalmente diferenciados. Las sociedades descolonizadas no se han ido encaminando precisamente hacia el parlamentarismo, pues el capitalismo occidental puso sus garras — como ocurriera en América Latina — precisamente para generar mayor desigualdad social o económica, una mayor miseria humana bajo la complicidad militar. La milagrosa receta de corte occidental o comunista-soviética no ha aportado al Tercer Mundo sino creci-

miento exponencial del subdesarrollo, y cuando no hay futuro ni presente todo se vuelve pasado: en cambio, Occidente prefiere hoy quejarse del fundamentalismo islámico. Sin embargo, el círculo histórico se cierra y podemos llegar a pensar que es la crisis de la modernidad (con su manido concepto de progreso) la que provoca por reacción ese fundamentalismo. Quizá directamente proporcional, y como doble cara de una misma moneda, Occidente muestra un curioso fenómeno, por una parte, de creciente multiculturalismo³ en el pasado fin de siglo, y, por otra, del auge de un antisemitismo que pudiera llamarse «islamofobia»: en España, xenofobia contra los moros; en Francia, contra los árabes magrebíes; en Alemania, contra los turcos; y así sucesivamente. Las estadísticas advierten que viven en Europa 13 millones de musulmanes, aunque los respectivos gobiernos no se hayan planteado su integración sino después de la Segunda Guerra Mundial, y habiendo sido utilizados como mano de obra barata para la reconstrucción, y, circunstancialmente, ciudadanos, con mucho, de segunda, tal como testimonian los singulares reportajes literarios del escritor alemán Günter Walraff. Una auténtica bomba de relojería mal gestionada sobre el viejo continente, tanto más si son utilizados, como hasta ahora, con una política de contención migratoria hipócrita de aflojar cuando interesa e impedir y reprimir cuando precisamente menos interesa su presencia. La mítica gran marcha del sur hacia el norte parece más presente que nunca, y una espada de Damocles sobre políticas absolutamente reaccionarias de globalización y preservación de la riqueza tal y como opera Occidente. Cabe tener bien presente la viñeta de El Roto en la que muestra con su proverbial trazo grueso a un señor mayor enchaquetado, con maletín y andando de espaldas pero girando la vista hacia atrás, como si fuera el ángel de la historia, para sentenciar: “Occidente sólo es un derivado del petróleo”⁴.

DESCOMPOSICIÓN DE LAS SOCIEDADES OCCIDENTALES

La rapiña capitalista se ha cebado una y otra vez con el sector más débil del planeta, mediante la extorsión, la aniquilación de seres humanos o la devastación allá donde lo ha considerado necesario para llevar a efecto sus fines usureros, que no son otros sino el mantenimiento del sistema en plena expan-

³ En Francia viven entre 5 y 6 millones de musulmanes; en Alemania, 3,2 millones de musulmanes (2,5 de los cuales turcos); en Reino Unido, 1,8 millones de musulmanes (3% de la población total). El gran afluente son las antiguas colonias del Imperio Británico (700.000 procedentes de Pakistán; 300.000 Bangladesh; 240.000 de la India; 375.000 de Oriente Próximo y África). Sólo en Londres habitan un millón de musulmanes (14% de sus 7,2 millones de habitantes) entre otras etnias: una auténtica Babel del mundo contemporáneo.

⁴ El Roto (2004). *El libro de los desórdenes*. Barcelona: Reservoir Books/Mondadori, p. 53.

sión. La muerte de niños en el tercer mundo, la desnutrición, hambruna en partes localizadas del planeta... dan buena cuenta de una insolidaridad creciente a la que la globalización no le interesa o, tanto mejor, le resulta molesta para sus fines. Pero otros ejemplos no menos ilustrativos son las muertes silenciadas en países del tercer mundo como el Congo debido al coltán (columbitatantalita), mineral estratégico apenas conocido pero esencial para las nuevas tecnologías como la telefonía móvil o los microprocesadores (se dice que ha reportado tres millones y medio de muertos), en Sudáfrica por los diamantes o los nigerianos en la Cuenca del Níger, producto del saqueo de la compañía petrolera holandesa Shell en coalición con el gobierno, apenas constituyen algunos ejemplos de esta usura. Todo ello ha contribuido todavía más, si cabe, a la construcción de un mundo absolutamente deshumanizado, donde Occidente guarda el secreto a voces de ser cómplice del desarrollo sostenible a costa de la masacre humana y la degradación del planeta. Eso por no hablar de lo que nos toca en estos momentos más de cerca: las mafias explotadoras de flujos migratorios en condiciones infrahumanas, o la misma trata de humanos con sometimiento de regímenes de esclavitud aprovechando las condiciones de miseria de ciertas regiones del planeta, e incluso el tráfico de vidas humanas aprovechadas para su desguace en órganos para trasplantes.

Epidemias modernas derivadas de una civilización altamente desarrollada que se empeña en medir por el rasero de la rentabilidad económica incluso bienes de primera necesidad son una de las principales preocupaciones de científicos y clase dirigente del mundo. Desde el Sida en los 80 hasta el SARS (síndrome respiratorio agudo o grave, llamado también neumonía asiática), los virus por mutaciones animales a humanos no han cesado de amenazar la fisiología humana, bien sea a través de la cadena alimenticia: el mal de las vacas locas, la llamada peste aviar o *gripe del pollo*, y antes el Ébola en el Congo o el Nipah en Sudán (brote de encefalopatía que mató en 1998 a más de un centenar de Malaisia, procedente del murciélago a través de los cerdos), o incluso el Hanta (salta de roedores a humanos).

Todo este malestar da perfecta cuenta de la creciente fragmentación de las formas sociales políticas ante el dominio que ejercen los llamados *lobbies*, con una asombrosa capacidad de bloqueo general del sistema. Castoriadis (1996: 14) pronostica un «proceso de descomposición de las sociedades occidentales» causado por el fracaso permanente de unas políticas con un exceso de permisividad y adaptabilidad de las instituciones liberal-capitalistas, pero sobre todo por la ausencia en el horizonte de cualquier política respecto a los grandes problemas de nuestro tiempo, ya sea la miseria que arrasa al Tercer Mundo, la ecología y contaminación terrestre, la carrera armamentística: “Superficialidad, incoherencia, esterilidad de las ideas y versatilidad de las acti-

tudes son pues, claramente, los rasgos característicos de las direcciones políticas occidentales” (Castoriadis, 1996: 16). Diagnostica un mal endémico en las sociedades occidentales, como es el exceso de burocratización de los aparatos políticos, convertidos en simples máquinas administrativas (con el solo apoyo electoral puntual sin mayor capacidad de movilización): “Estos mismos partidos mueren de inanición ideológica, reiteran letanías en las que nadie cree (socialistas y comunistas en Europa Occidental) o disimulan supersticiones anticuadas con «nuevas teorías» y «nuevas políticas» (Thatcher, Reagan, etcétera)” (1996: 19). Afirma éste, de nuevo, que, “horrorizado ante este vacío, el hombre contemporáneo se refugia en la tarea de llenar al máximo su «tiempo libre», en una rutina cada vez más repetitiva y acelerada” (1996: 67). Signo de nuestro tiempo es el desmoronamiento del espacio público, la destrucción de modelos anteriores, la búsqueda de la especulación económica rápida e instantánea a cualquier precio. Acontecimientos producidos a lo largo de la pasada década como la muerte, hambruna y genocidio de Somalia, Ruanda, Burundi, el integrismo islámico en Argelia y el más actual creciente del mundo árabe, o la guerra de los Balcanes... dan buena cuenta de lo irrisorio del llamado Nuevo Orden Mundial, que más parece desorden global. El hundimiento, primero gradual y después acelerado, del comunismo-socialismo, el triunfo del consumismo, la crisis de las significaciones imaginarias de la sociedad moderna (idea de progreso y revolución) no son más que una «crisis de sentido» a decir de Castoriadis (1996: 89). Una desaparición de las significaciones y de los valores que ponen en peligro la supervivencia del propio sistema. Es una irreversible destrucción progresiva del planeta (alteración del ecosistema) que lleva a un *crack* inevitable de seguir con esta espiral. El capitalismo se alimenta ya no de la consustancial autonomía del individuo cuanto de su conformismo: su consumo político, ideológico y cultural en este principio de siglo es su caldo de cultivo. El Roto también ha puesto imagen y palabra a todo este síntoma con una viñeta en la que aparece un enfermo acostado en una cama de hospital, donde se le escucha decir: “No necesitamos que inventéis nuevos fármacos sino que nos dejéis vivir de otra manera”⁵.

ESTÉTICAS DEL DESCONCIERTO

Uno de los efectos más palpables de las sociedades democráticas es la alta tasa de alfabetización alcanzada en el final de siglo pasado, lo que traducido

⁵ El Roto (2004). *El libro de los desórdenes*. Barcelona: Reservoir Books/Mondadori, p. 87.

significa una nueva edad diamantina de la literatura española, tal como estamos viviendo en estos momentos, producto de esa normalización en el modo de transmisión cultural, con un índice absoluto de escolarización de la población y su consecuente acceso a la escritura de las más diferenciadas capas sociales. Quien quiera entregarse a la narración de una historia o al relato de sus sentimientos puede por primera vez en la historia hacerlo sin mayores cortapisas o, cuando menos, puede potencialmente acceder al mercado editorial, o tanto más fácil a la masiva divulgación en Internet. En el pasado, la cultura pasó trabas y cribas como el analfabetismo de amplios sectores sociales, la supeditación de quienes tenían talento al mecenazgo consciente o inconsciente de los sectores dominantes y una supeditación estricta a la clase social para la que trabajaban, a la postre dominante políticamente. Sin embargo, la normalidad democrática ha impuesto una normativización de lo ofertable al tiempo que la obiedad amenaza con convertir en aséptico e innecesario gran parte de lo publicado.

Instalados definitivamente y de pleno en el mercado, sus implacables leyes rigen el nutrido catálogo de publicaciones existentes, en gran parte dominado por esa obiedad antes declarada. Imposiciones de gustos, planificación de la mercancía cultural (incluso con estudiadas técnicas de mercadotecnia previamente concebidas), modos de circulación son síntoma de los nuevos tiempos. Se impone la literatura a través del halo de prestigio o aureola que sigue acompañando a su autor, pero ahora con agresivas campañas publicitarias. Las editoriales apuran su cita con el público en campañas puntuales anuales como navidades, ferias del libro respectivas, premios con cuantiosas prebendas económicas, etc. en arreglo a esos encuentros y a su mayor rentabilidad económica. Resultado de todo ello es la búsqueda del éxito fácil y un manido concepto de fama que supedita la escritura reciente bajo el marchio del producto a circular. El mercado ha construido sus propias «marcas de fábrica» como cualquier otro producto susceptible de ser expuesto en su correspondiente escaparate, en este caso en forma de valor de nombres que se repiten.

Nunca como hoy fue más fácil la llamada profesionalización del escritor, especialmente en campos como la narrativa y el ensayo; sin embargo, nunca se dilapidó tanto talento, se publicó tanto y fue tanto tan mediocre. Existe entre los profesionales autoexigentes de la cultura el sentimiento de que nunca se ha publicado tanto, pero nunca antes tampoco ha habido tan poco que decir: ésta es precisamente la máxima que gobierna nuestras sociedades informativas. La utilización del lenguaje como pura convención comunicativa alcanza en muchos de los casos el repudiable grado cero barthesiano de la escritura, una suerte de formalista automatización del lenguaje y del discurso artístico: el

lugar donde la estética se sacrifica en aras de un realismo convencionalmente raquítico y no constructivo. Desde el impresionismo decimonónico, la lucha revolucionaria que propugna el realismo a lo largo de todo el siglo XX ha dado con una figurativismo conflictual constructor de las vanguardias y sus más dispares modalidades, así como un posterior arte abstracto; hoy, dentro de esta dispersión de estilos y complejidad de escrituras, todo queda lastrado por la dinámica en la que se mueve el mercado, es decir, aparecer y contar cuanto es canonizado, circula y se publicita, de acuerdo con sus reglas.

Los escritores consagrados apenas arriesgan más allá del puro entretenimiento dentro del canon instituido. Los nuevos nombres se entregan a la facilidad del gusto mayoritario y el consumo masivo. La novela se copia a sí misma, sin mayores ambiciones formales («políticamente correcta»), y la poesía plagia sus componentes de moda como falsete sobre el que ser aceptado. El teatro, sumido en la eterna crisis de siempre, eslore entre un fácil camino de búsqueda de público con factura comercial a partir del reclamo de ciertas escrituras estrella o, tanto mejor, de actores de moda, con rostros televisivos si puede ser, y el que arriesga lo hace sin mayor alcance de público, salvo una minoría culta. Perdida la oportunidad con las primeras supuestas políticas culturales progresistas de la transición democrática, pendiente queda una necesaria revolución en la educación de los gustos burgueses existentes: el precio a pagar en el futuro inmediato es alto, con su consiguiente abandono de público en las salas, y la dificultad de producción de montajes escénicos, entregados a la facturación dentro de las estrictas reglas del mercado. Harina de otro costal es el cine, tras un emergente relanzamiento en la pasada década, traducido en un auge sin precedentes de directores y guionistas, con una producción de factura radicalmente novedosa y contemporánea, pero que en los últimos tiempos se está encontrando con el resultado de políticas culturales europeas nefastas para el proteccionismo del cine propio frente a las rígidas reglas de juego creadas por las grandes productoras y distribuidoras hollywoodenses, regidas por la sola ley del mercado y dejando sin protección alguna la delicada maquinaria europea. Una lógica implacable monopolista que impide programaciones rigurosas y sensibles a la diversidad, frente al puro mercantilismo que la meca americana del cine propugna interesadamente.

Ese gran invento, en principio divulgador y democratizador de las sociedades de masas, que es la televisión vende hoy autocomplacencia, neutralización de cualquier perspectiva histórica (negación de futuro y desconocimiento del contexto social), ensimismamiento (más que ventana al mundo sólo es capaz de hablar de sí misma), narcisismo. Se ha homogeneizado la programación a partir del chabacanismo de los gustos mayoritarios

(vender la privacidad de vidas que no interesan a nadie). La manipulación informativa es moneda de todos los días, del mismo modo que se expulsa cualquier pretensión educativa o cultural (deforma más que informa, desculturaliza en beneficio del puro entretenimiento), niega cualquier inquietud en el proceso educativo: verdadera aniquiladora de conciencias sociales. Un modelo de entretenimiento basura (sensacionalismo informativo, *reality shows*, tertulias del ninguneo, etc.), idealizador de conciencias y generador de héroes para una juventud a la que se le borra la capacidad crítica.

El individuo, sentado en su sofá, se halla atomizado, disgregado socialmente, está abocado a ser consumidor de telebasura. El espectador se ha convertido en consumidor (el libro o película en producto y quien los hace en productor) y los medios lo convierten en pasto de la audiencia: todo queda supeditado a favor suyo y de los números (el arte se reduce a la relación consumidor/productor). El dramaturgo chileno Fernando Aguilera resume todo este malestar de la globalización con una frase lapidaria, ubicado precisamente en el polo opuesto desde una cultura popular y de base: “Nunca antes tanta gente en tantos sitios y al mismo tiempo había estado de acuerdo en lo mismo: esto es una mierda”⁶. La globalización eleva a dogma de fe una visión sesgada e interesada de la realidad, con intenciones manipuladoras de conciencias que penetran y se instalan a diario en nuestros hogares tras una simplificación de ideales nunca antes tan persistente.

Hay una consciente búsqueda del lector ideal, del mismo modo que la televisión busca su telespectador ideal, garante de las leyes del consumo. Estadísticas y listas de más vendidos son la tónica por la que se mueve la cultura. Bestsellerismo y telebasura son fórmula cotidiana (y rentable) de los nuevos tiempos, lo cual da buena cuenta del consumo fácil, agradable y superficial de gustos impuestos a golpe mediático. Se escenifican épocas pasadas, la memoria se remonta las más de las veces de modo aconflictual con novelas históricas ubicadas en pasadas épocas o civilizaciones lejanas, poemarios de extracto sentimentaloides y sensiblero, comedias burguesas, teleseries de entretenimiento. La memoria y el autobiografismo⁷ es el género que campa a sus anchas, un modo insustancial y narcisista, por lo general, de caer en una asfixiante cotidianidad. Para postre, la ironía postmoderna se convierte en auto-complacencia, cínica las más, pero llena de vanagloria y ensimismamiento,

⁶ Fernando Aguilera (2003). “Teatro popular y globalización”. En *El Público*, n° 301, V/2003, 2ª época, pp. 158-165.

⁷ Ver al respecto Virgilio Tortosa (2001). *Escrituras ensimismadas. La autobiografía literaria en la democracia española*. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante.

como válvula de escape para las sociedades complejas pero sobre todo como modo enquistado de mirarse el ombligo.

Efecto de la canonización de la cultura en el sistema educativo y en los medios de comunicación es que siga apostándose por una escritura dominante que se nos antoja excesivamente anticuada, pero pasto de consumo para un público fácil previamente modulado ideológicamente para esa sencilla digestión. El resultado es un realismo convencional desfasado que no respira lo que esta sociedad demanda. La educación, rebajadora de ideales, homologa por su rasero más normalizador. El profesorado en los tramos de educación básica generalizada, de siempre sector de referencia para el futuro adulto, ha sustituido la lectura de clásicos por novelitas actuales de aventuras vigentes sin mayor valor que la facilidad del consumo; y cuando son ofrecidos nuestros clásicos, éstos han sido oportunamente contemporaneizados (traducidos en versiones apropiadas para las nuevas recepciones) y limpiados como para que esa lectura sea tan cómoda como tranquilizante. Futuros ciudadanos de una *caverna* llena de sombras.

EL MERCADO EDITORIAL

La venta del mayor número de ejemplares de la historia, la difusión en España con una salud sin precedentes y la edición tan diversificada, incluso de un modo desproporcionado respecto al número real de lectores existentes, habla más de la saturación del mercado que no de su índice de lectura, así como de las nuevas prácticas agresivas mercantilistas del modo de circulación de la cultura en el mundo actual. Y, sin embargo, España no llega al índice de lectura respecto a otros países que siguen siendo referencia de la sociedad del bienestar, del desarrollo y de la alfabetización, como son Francia, Inglaterra o Alemania (Guelbenzu, 2003: 12).

Una muy rica oferta editorial, cifrada en torno a 60.000 títulos en 2003, sustenta el mercado, de los que prácticamente la mitad se corresponderían con novedades, aun a pesar de que lo visible son tan sólo libros de temporada: un libro en un estante tres semanas está más que quemado desde su punto de vista comercial, y es rápidamente sustituido por los recién salidos de la imprenta. Una voracidad vertiginosa imparables que se alimenta a ritmo de golpe mediático y mercadotecnia publicitaria. En 2003 las encuestas situaban en menos de la mitad de la población española la que no lee libros de forma habitual o nunca, lo cual todavía supone mucha diferencia respecto de los países más civilizados y avanzados a los que pretendemos imitar. Sin embargo, es imparables el crecimiento de la industria audiovisual, gratuita o asequible a los bolsillos de las sociedades del ocio, cómoda y pasiva las más de las veces a su consu-

midor, entretenida y de agradable consumo, edulcoradora de la realidad que nos envuelve para hacerla más grácil y apetecible (los problemas no tienen buena prensa).

Las ferias del libro son un buen espejo donde mirarse el sector en estos momentos. Ferias internacionales como la de Bolonia, París, Madrid, o la más preciada Frankfurt (con 6.000 expositores y más de 115 países representados), no sólo se han convertido en lugar de encuentro cultural y transacción comercial, sino sobre todo, el gran mercado donde comprar y vender los derechos de traducción y reproducción de todo tipo de libros. Frankfurt es la viva metáfora del capitalismo cultural al ostentar los privilegios de la difusión libresco al tiempo que poseer la capacidad de decidir los modos de lectura en cualquier lugar del mundo. El incesante debilitamiento de editoriales del tercer mundo y de países sin grandes recursos financieros (Europa del Este), así como un intercambio que pudiéramos llamar de dominio entre la locomotora del sector, Estados Unidos y Occidente, a través de su satélite europeo, que es Gran Bretaña, no hace más que reforzar un aparataje de hiperconcentración empresarial creciente. Es una realidad que en Frankfurt los compradores huyen de la búsqueda de derechos de países asiáticos, africanos y latinoamericanos. Por el contrario, el resto de países europeos queda perfectamente perfilado por la siguiente frase (lúcida) del escritor francés Pierre Lepape: “En cuanto a los editores franceses, españoles, italianos o alemanes, gastan buena parte de su energía en ganar la apuesta imposible: vender uno de sus libros a Estados Unidos, así por una suma simbólica, o lograr convencer a un editor inglés, lo cual es un primer paso hacia el paraíso estadounidense” (2004: 28). Gran Bretaña no dedica más que un 3% de sus publicaciones a lengua no inglesa, del mismo modo que Estados Unidos reduce las traducciones a apenas 2,8%, entre las cuales la primera lengua publicada es la española, seguida de la francesa. La hiperconcentración y la necesidad de rentabilidad a muy corto plazo han roto las reglas de juego imperantes en el sector libresco. Eso es lo que llevó a la incomprensible destitución de Ann Godoff a principios de 2003, directora de Random House y primera editorial estadounidense, convertida desde 1999 en filial de la alemana Bertelsmann, número dos mundial de la comunicación, después de Time Warner. El motivo de tan fulminante pérdida de confianza fue una política editorial consistente en equilibrar los títulos de éxito comercial con otros propios de un catálogo exigente, de acuerdo con la reputación de la propia casa, esto es, no llegar al mínimo exigible de beneficios planificado por todas las sucursales de la casa matriz.

Mención aparte sería hablar de la distribución del libro, en la que tres grandes cadenas como Barnes & Noble, Borders y Book-A-Millon han ido eliminando progresivamente a gran parte de los libreros independientes

tradicionales en beneficio de las grandes superficies, así como de su circuito de venta mediante Internet. Considerada la facturación de estos tres gigantes de la distribución en cerca de ocho mil millones de dólares, estas cadenas imponen a los editores una auténtica dictadura comercial, al negarse a comprar libros cuya venta sea considerada insuficiente, obligando a pagar la adecuada ubicación en las mesas o escaparates, y devolviendo implacablemente aquellos libros sin mucha salida o con cobertura mediática mediocre. Producto de ello es que no hay espacio para libros de difusión y venta lenta, entre los cuales se hallan los extranjeros, cuyos costos de traducción ni siquiera llegan a cubrirse, con lo cual el colmo de los disparates es acabar por hacer aparecer estas traducciones sin nombre responsable de las mismas, con la intención oculta de hacerlos pasar ante el propio mercado como producción propia. Hecho por el que ningún libro traducido aparezca en las listas de más vendidos en Estados Unidos o Reino Unido. Los agentes literarios ahora se han convertido en inyectores de cotización de sus autores en el mercado internacional de los derechos.

Italia, España y, en menor medida, Francia y Alemania, están sometidos a una ofensiva cultural —proporcional a lo que ocurre con las cotas de emisión del cine y de las teleseries— cuyos resultados están siendo devastadores en sus efectos culturales al estereotipar sus productos, adocenarlos, asimilarlos al canon mítico de valores estadounidenses, a los fáciles y edulcorados valores comerciales de siempre como sexo, violencia, terror, individualismo exacerbado: “Todo esto escrito en un estilo cuyas cualidades son las exigidas a jefes de empresas más que a artistas: profesionalismo, competencia y eficacia, antes que cultura, autenticidad y desinterés” (Lepape, 2004: 28). El público europeo se deja llevar por esta vorágine, del mismo modo que lo hacen su sistema editorial y sus tentáculos mediáticos, sin pretender oponer mayor resistencia, tal cual muestran las listas de más vendidos.

Esta dominancia lingüística de la ya llamada «world literature» da buena cuenta de una *vedettización* de la cultura con aupamiento de la marca capitalista «autor» en el ritual de imposición comercial que todo ese aparataje acarrea, en el que ganarse el mercado anglosajón es una garantía para el dominio del resto de mercados. No es una cuestión de premios tanto como de aparecer reiteradamente en las mesas expositoras de grandes superficies tipo Barnes & Noble.

Nuevos desafíos de un mundo globalizado son el asistir a un escenario de multiplicidad de lenguas y segmentación de culturas, en las que la figura del editor cada vez más sería el agente comercial descubridor de nuevos valores (en España nueva narrativa, poesía de la experiencia, etc.), como anunciador de la gallina de los huevos de oro, y los ajustes entre demanda y oferta. El resul-

tado es un mercado vacilante ante movimientos de contracción y expansión productores del estancamiento y la regresión propias de las leyes usureras que impone, con lo cual incluso los *best sellers* han reducido su capacidad de presencia en las librerías. Bastará decir que el gigante alemán Bertelsmann atraviesa una aguda crisis financiera (más de 1.000 millones de euros de deuda) con caída de facturación y registro de pérdidas.

Esta crisis llega a España en forma de superproducción acompañada de bajada de ventas y de estancamiento en la cifra de lectores (casi la mitad de adultos nunca compró un solo libro en 2002). El resultado no queda tan lejos respecto del resto de los sectores productivos, como es el caso de los despidos colectivos, los derechos de autor aleatorios y el empobrecimiento del circuito librero acrecentando la presencia de las grandes superficies tipo El Corte Inglés, FNAC, Crisol, etc. Fenómeno aparte es el muy extendido en Italia y que comienza en España con la difusión de literatura casi a diario por parte de los grandes periódicos, que, a precios muy módicos, ofrecen tiradas amplias de escritores desplazando las librerías especializadas en favor de los kioscos divulgativos. La cultura de masas a la vuelta de la esquina. Sin embargo, problema al margen es la red de bibliotecas públicas, pobrísimas, insuficientes por no decir casi tercermundistas. Ninguna política ha tenido la menor sensibilidad de difundir una amplia red de bibliotecas al servicio del ciudadano, de tal modo que el espacio urbano dedicado al libro es excepcional y hay que desplazarse distancias considerables dentro de la urbe para poder disfrutar de la lectura gratuita. Pura anécdota, pero también síndrome de todo esto, es que este celo vigilante del mercado ha llevado a sus dirigentes usufructeros a reclamar en los últimos tiempos un canon de derecho de autor superior para los libros susceptibles de préstamos bibliotecario.

LA HORA DEL LECTOR/ESPECTADOR GLOBAL

Frente a la tiranía autorial de varios siglos con su aura sacralizadora a cuestas, el pensamiento teórico-literario del postestructuralismo necesitó reconsiderar los agentes interventores del acto literario, y en justicia pensar un panorama más ambicioso al incluir la literatura dentro de los actos comunicativos, como ya hicieran lingüistas y teóricos de principios del pasado siglo: eso lleva a admitir el aspecto dialógico de la literatura, construida ahora en el ínterin entre autor/emisor y lector/receptor que le hace réplica. El resultado de esta reubicación es dejar el bloqueante y monológico concepto centralizador 'autor' en el lugar que le corresponde, y profundizar en la figura del 'lector' como verdadera clave dialógica en la que acaba toda obra literaria al construir una alternativa de significado. En última instancia ello supone el

reconocimiento de que sólo podemos acceder a la obra literaria a través de la puerta interpretativa del lector, y por tanto éste es el auténtico rol a estudiar, todavía virgen, como pretende la Estética de la Recepción: ha llegado la hora de aproximarse a esta figura clave del actor cognitivo del texto, y abandonar el agravio histórico de los estudios literarios históricos, que no se habían parado a pensar lo preponderante de esta faceta en la asimilación del texto artístico.

La construcción obvia y simplista de la realidad, aun a pesar de la complejidad del mundo actual, ha impuesto la correspondiente sumisión lectora de los mensajes inculcados; podríamos afirmar aquello de que la sencillez siempre fue buena aliada de la calidad, pero no de la simpleza, como cada vez más frecuentemente está ocurriendo. Si aceptamos la idea de que toda recepción (consumo y producción) siempre es un acto de creación, entonces la apropiación queda, indefectiblemente, enmarcada en las variables históricas y sociales en que se produce (Chartier, 1999: 14). Así como el libro convive con nosotros desde antiguo, no lo hace de la misma forma, ni tampoco modula de igual modo el rol lector, o el autorial. Desde los refectorios entregados a lecturas en voz alta para la comprensión del texto hasta las salas atestadas de lectores silenciosos en la actualidad mucho ha llovido, del mismo modo que la preservación de los derechos de autor de la literatura se diluye en otros discursos no menos literarios, como, por ejemplo, la publicidad (no remite a autor alguno), la jurisprudencia (su modo de circulación identitaria no se vincula con el nombre de quien lo firma). También debemos aclarar que la lectura no es un acto puro, sino que se construye en la interacción entre el lector y el texto (se ha tendido en exceso a sacar, desnaturalizando con su acto, a la lectura del texto). A este respecto, nunca debemos olvidar que los modos de producción de sentido hoy, del mismo modo que en cualquiera de las épocas del pasado, se producen por la materialidad del acto (corporal o físico según involucre tan sólo la voz o el cuerpo: materialidad del texto y por supuesto corporeidad del lector). El sentido del texto literario sólo se restituye en la medida en que se carea éste con los discursos y prácticas ordinarias del mundo social (rituales, religión, jurisprudencia, política, administración) en una especie de «negociación» o dialéctica: “Tal perspectiva me parece muy interesante pues restituye las condiciones de posibilidad del texto literario, ya que el texto siempre juega, desplaza y reformula estos discursos o prácticas del mundo social, además de que activa las condiciones de inteligibilidad, tanto para los lectores como para los espectadores o los oyentes, que entienden el texto en relación con estas prácticas y estos discursos compartidos sin dejar de percibir la distancia, la diferencia, el desplazamiento literario.” (Chartier, 1999: 37). El texto no se cierra en sus propios límites con el acto de lectura, sino que se hace

permeable a la acción mediadora del encuentro con el lector, así como al encuentro con el soporte en que este texto se produce (composición, portada, materialidad, distribución, imágenes, etc.). A este respecto, no sería tan interesante reconstruir la lectura histórica cuanto describir las condiciones compartidas en que operan sobre su agente, para así desvelar su producción de sentido en toda su vastedad (posibilidades o restricciones del acto lector a partir de sus prácticas de desarrollo sociales, económicas, culturales, políticas, etc.). Toda aculturación recíproca nunca se construye sobre la igualdad, sino sobre la base de la negociación del vencedor con cuanto queda, neutralizado, de la cultura vencida (Chartier, 1999: 160).

Si en los sesenta parecía llegada la hora del lector, hoy esta institución no goza de gran salud, hasta el punto de reducir José María Guelbenzu⁸ en dicho agente toda la responsabilidad de la tan trajinada decadencia de la novela, esto es, de su lectura: sería tanto como echar balones fuera, pues la decadencia de la novela es la de su lector, a decir de este escritor y crítico. Pero, aun sin renunciar a dicho análisis, algo de responsabilidad pudiera tener el agotamiento del género dominante a lo largo de los últimos siglos y la necesidad de repensarse cada cierto tiempo todo discurso, para así resituarse nuevamente ante la realidad, más todavía si ese discurso ha ostentado una hegemonía sin igual durante siglos. Dicha «decadencia del lector» resulta inversamente proporcional a las posibilidades alcanzadas por el audiovisual, instalado con las nuevas tecnologías a sus anchas en el hogar familiar. Sin embargo, lejos del desplazamiento de uno en favor del otro, más bien resulta inevitable y necesario vislumbrarlos como complementarios (frente al famoso *esto matará a aquello*, lo sensato es afirmar el papel de cada uno de los discursos con sus soportes respectivos) cuando la reflexión de la palabra llega allá donde la imagen se niega a bucear. Pero lo bien cierto, siendo realistas, es que vivimos una sociedad que idolatra la imagen y vive bajo su hechizo más fulminante, frente al descrédito creciente que sufre la palabra: nunca antes se había vivido un desequilibrio tan grande.

La ya retratada aceleración de la realidad concierne a un mundo más estrechamente conectado y con un nuevo concepto de las relaciones espacio-temporales, una sensación de acortamiento de distancias. Es por ello que los discursos también se han acelerado en consonancia con esta nueva percepción: los montajes teatrales raramente duran más allá de hora y cuarto o poco más, las películas un tanto por el estilo, los libros de poemas no suelen

⁸ José María Guelbenzu (2004). “La decadencia del lector”. En *El País*, viernes 6 de febrero de 2004, p. 12.

pasar de las consabidas 60 páginas y muchos premios fijan de antemano límites precisos de versos, la narrativa suele estar armada con las ligerezas de estas prisas y no tiene por qué pasar de las ciento veinte páginas perfectamente camufladas en tipos propios para la ocasión, sin ser por lo general –todo hay que decirlo– de la estirpe de los Borges, Cortázar o Monterroso quienes las alienten. Es tal esta aceleración del tiempo que hoy los grandes discursos ficticios se han pertrechado en la publicidad. A quien hace 30 años se le hubiera dicho que las mejores ficciones son aquellas patrocinadas por el patrón del capitalismo no se lo hubiera creído. Ciertamente, los especialistas en marketing, combinados con los publicistas, han construido en las últimas décadas discursos ávidos, muchos de los cuales apenas duran 20 segundos (el canon del medio) y cuentan una historia tan trepidante que conforman nuestro imaginario de todos los días. Publicistas y especialistas en marketing han aprendido las lecciones de la vieja retórica, y no sólo eso, sino que la han dominado hasta el punto de sacarle buena punta en un discurso que, combinando sus posibilidades audio-visuales, le está resultando de alta rentabilidad, adornado todo ello con historias ficticias que son las propias que han funcionado de siempre en la narrativa y en el cine. Curiosa quintaesencia de nuestro imaginario creativo éste. Una aceleración de la mirada tan ametralladora como perceptivamente operativa.

Guelbenzu plantea la «decadencia del lector» (2004: 12) pero nunca la calidad del producto («la calidad decae»), que, según éste, viene dada por el rol que asume el lector en nuestras sociedades mediáticas, acostumbrado a una recepción pasiva, afectada por una deformación receptiva que deteriora progresivamente al resto de los discursos, contaminándolos: “En mi opinión, lo que ha descendido no sólo en España, sino también en los países que antes citaba como ejemplos de índice de lectura, es la calidad del lector, porque la calidad de la mejor literatura no ha cedido” reconoce Guelbenzu allí. La fórmula del entretenimiento no ha operado sobre la lógica mental hasta el punto de ofertar a un público masivo otras coordenadas («entretenimiento por entretenimiento»), la recepción audiovisual ha contagiado a una vista indolente, apática, no crítica y falta de rigor o competencia incluso del mundo ficticio (la ley del mínimo esfuerzo interpretativo): “El valor actual del confort consumista y la nueva imagen ciudadana de que el libro pertenece al estatus actual es una de las razones por las que se ha reblandecido el acto de leer”. Si a ello le sumamos el hecho de que el lector de última generación carece de tradición y criterio, instalado en un sistema educativo y cultural edulcorado y maquillado, tenemos el componente distorsionador del acto lector, para quienes ahora se entregan al mismo, según Guelbenzu, tras desenchufar la televisión (y no antes como las anteriores generaciones). En una sociedad acrítica el lector se com-

porta de acuerdo con la lógica de la que surge (no exigente, ni selectivo, sin mayores inquietudes cognitivas ni afán de descubrimientos de mundos ajenos): “un lector de anécdotas, no de sentido” sentencia Guelbenzu.

TECNOLOGÍA DIGITAL EN LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN

Advierte M. Castells que precisamente a fines del siglo XX surge una nueva era, producto de los procesos de inter-relación puestos en marcha por la sociedad de la información: un mundo construido en tensión permanente entre la globalidad y la identidad. La estructura dominante de la era de la información es una emergente «sociedad red», un fenómeno mundial en aumento, tanto en Occidente como en otros espacios no necesariamente del llamado primer mundo como América Latina. Su motivación es una revolución tecnológica aplicada centralmente a la información.

La caída del Muro de Berlín en 1989 dejó desasistido no sólo al estatismo soviético que generó la ideología comunista a lo largo del siglo sino a todo su ámbito de influencia en las diferentes regiones del planeta, hasta el punto de contagiar a la izquierda política mundial alimentada en la ideología marxista. Finalizada la guerra fría, eliminado el fantasma de holocausto nuclear, el capitalismo sufre una reestructuración severa de sus estructuras desde tiempo atrás, progresivamente caracterizado por la mayor flexibilización, descentralización e interconexión empresarial que conlleva su proporcional aumento del poder del capital frente al trabajo. Un movimiento sindical en retirada, una demanda de la diversificación de las relaciones laborales, la incorporación masiva de la mujer al trabajo retribuido, bien que lo sea en condiciones discriminatorias, la intervención del Estado con intención desreguladora de los mercados... han tenido su efecto inevitable en forma de intensificación de la economía global en concretas regiones del mundo, donde se ha ido acumulando gestión y capital en proporciones iguales. Este reacomodo del sistema capitalista a la nueva lógica sin alternativa política que le hiciera sombra ha borrado la anterior política de bloque Este/Oeste, situándose ahora el escenario de confrontación en una no menos desigual e injusta Norte/Sur. De ello habla el progresivo camino de ensanchamiento de la unificación económica europea en marcha, el surgimiento de una potencial economía regional norteamericana, capaz de globalizar al resto de economías mundiales imponiéndoles su propio ritmo, pero también el ascenso de una economía industrial y tecnológica en el Pacífico asiático, capaz de competir eficazmente dentro de la lógica trazada por el capitalismo, una integración global de los mercados financieros sin parangón. Su contraprestación es el crecimiento de la desigualdad económica y social en regiones del mundo con bol-

sas de pobreza y miseria sin parangón. La tecnología informativa ha sido vital para la reestructuración del capitalismo avanzado en plena década de los ochenta, frente a un estatismo soviético derrumbado ante la incapacidad de asimilar toda esa escalada de nuevas tecnologías informativas nacientes. Podemos decir que, al igual que el motor de la industrialización fue el crecimiento económico, el del desarrollo tecnológico es la acumulación de la información (con una complejidad en el procesamiento de ésta inaudita en la historia), pero puesta al servicio del poder que la funda (militar, político, económico, etc.). Es el modo en que el capitalismo ha realizado su particular *lifting* y ha rejuvenecido e incluso expandido su faz. La nueva lógica del capitalismo es lo que llama Castells (1996: 51) «informativismo», del que dependen factores claves de progreso social como la generación del conocimiento, la producción económica, los poderes político-militares y, cómo no, los medios de comunicación. Una vez más, el paradigma tecno-económico de una sociedad informativa impone una economía global desde la que actuar.

CULMINACIÓN DE LA UTOPIA INTERTEXTUAL: EL HIPERTEXTO

El hipertexto es el último eslabón de una sucesión de inventos tecno-lógicos en el devenir de la humanidad y en su afán por expresar su imaginario creativo. Los teóricos hablan en estos momentos de una etapa de transición entre la tecnología Gutenberg y la digital (Landow, 1994: 60), caracterizada por su solapamiento inevitable. A finales del siglo XX surge una nueva era producto de los procesos de inter-relación puestos en marcha por la sociedad de la información. Por «hipertexto» entendemos el texto constituido por diferentes enlaces (*links* o nodos) susceptibles de activarse en un momento determinado de la lectura, al tiempo que esos diferentes textos pueden ser no necesariamente gráficos (combinación auditivo-visual), con remitencia sucesoria combinatoria encadenada y sin posibilidad de registrar —frente al texto tradicional— principio o fin; por lo tanto, dichos enlaces permiten una lectura sucesoria *ad infinitum*. El hipertexto reordena la experiencia textual de sus límites mediante nexos electrónicos, en una permanente mutabilidad de la obra. Su acto de lectura no es más que la activación de un potencial infinito de lectura. La fabricación del texto se antoja más importante que el propio texto en sí, y las lecturas forman parte de un acto de individualidad compartida. La presencia del texto significa todas sus ausencias. El sueño acariciado a finales de los sesenta por R. Barthes de activación de la figura de un lector-partícipe de la obra cobra su pleno esplendor. Frente a la sanción que impone la tradición al texto clásico, Barthes había propugnado una idea textual de incardinación (red) en la que se cumple la profecía tan criticada de la «muerte del autor» ante la llegada de la hora del lector

intérprete de ese tejido textual. El patriarcado histórico ejercido por el autor, pero también por el editor y el crítico, quedan abolidos de un plumazo por esta idea rizomática del texto que permite la red de redes, donde la jerarquización y el monopolio de la información automáticamente dejarían de tener sentido en la sociedad red: frente a la verticalidad de la escritura tradicional, se impone la horizontalidad democrática del texto (antijerarquización). Ciertamente, el hipertexto establece vínculos textuales más eficaces y cuantiosos, pero con el diferencial incluido de modificar los usos sociales de tales vínculos (Moulthrop, 2003: 31), un mundo en lo teórico más igualitario en los roles interventores del juego literario. El hipertexto, como afirma este teórico, abre paso a un nuevo concepto de autoridad textual e intelectual al desplazar la pluralidad a la unicidad, la movilidad sobre la rigidez, la conexión sobre el aislamiento.

Quizá temamos encontrarnos con lo desconocido, pero ciertamente el buen uso del hipertexto conlleva una desestabilización de los parámetros tanto escriturales como lectoriales hasta el punto de reconfigurar los roles tradicionales de la escritura, empezando por el propio texto, descompuesto ahora en fragmentos (nodales) a la espera de su recomposición provisionalmente definitiva, eso por no hablar de un autor que se entrega a la función de guía creadora de la ficción e incitador de sugerencias creadas en terceros a partir de su «propiedad textual» (lo que el Occidente capitalista llama «copyright»). No extraña ahí, frente a lo que se ha dicho de una lectura radicalmente nueva (pues esa lectura se lleva produciendo en Occidente desde hace más de una década), que el lector de hoy demande una lectura inestable y descentrada, con posibilidad creativa, bien que sea a partir del famoso clic, bien interviniendo en la historia, pero con una ampliamente aceptada transformación secuencial de cuanto tiene delante de sus ojos, a la altura del resto de los discursos audiovisuales que circulan en la cosmópolis actual.

A pesar de la amplia generalización de la red de redes (WWW) desde concretamente 1995, y del amplio acceso a Internet en una parte significativa de los hogares del primer mundo, debemos afirmar que la escritura electrónica continúa pasando los filtros selectivos de la llamada globalización, donde condiciones de vida y economía lo son todo. De acuerdo con esta lógica, todavía tienen que pasar años y suceder inventos mucho más maleables, desarrollos tecnológicos mayores (abaratarse la conexión a internet, masificar el uso entre una población todavía semianalfabeta informáticamente, instalación masiva de banda ancha que soporte la necesidad de uso de memoria), inventar un soporte tan flexible, ligero y maleable como el propio papel, capaz de ser verdadera alternativa al soporte tradicional, para que el tópico hartado recurrido de poder llevarse a la bañera sin peligro físico alguno para el lector sea una realidad palpable (el placer de leer un libro encuadernado resulta inigualable hoy por

hoy en la pantalla de ordenador), eso por no hablar de la imposibilidad de acceso a la información contenida en un maravilloso portátil de última generación caso de naufragar en una isla desierta: “Los libros son de esa clase de instrumentos que, una vez inventados, no pudieron ser mejorados, simplemente porque son buenos. Como el martillo, el cuchillo, la cuchara o la tijera” dice Eco (2003: 4). Ciertamente, muchas son las conquistas en campos tan diversificados como la conformación de una auténtica biblioteca de Alejandría electrónica, la edición crítica de textos con posibilidades singulares profesionales en ese medio, pero quizá debamos reconocer que la más retrasada es la creación pura, a no ser que reconozcamos que el sector de los mercaderes ha virado la vista bajo la pretensión de no quedarse atrás en la carrera, adaptando sus discursos clásicos a la red como forma de ampliar sus horizontes mercantiles y sin mayores preocupaciones. Son cada vez más habituales las revistas en red, muchas de ellas auténticas alternativas al panorama canonizador y hegemónico que padecemos, pero incluso éstas sufren el mal de la dependencia moduladora del formato papel, que quienes las piensan siguen inconscientemente plagiando, ciegos todavía a la modulación del nuevo medio.

En ese sentido, pensar que una de las grandes revoluciones del mundo contemporáneo lleva produciéndose muy inteligentemente desde mediados de los noventa en un recóndito lugar de la selva lacandona, y que tiene por motor tan sólo a un ordenador portátil conectado a un módem, y a un encapuchado, vocero de miles de excluidos socialmente, que emite mensajes intermitentes altamente literaturizados al resto del mundo desde su ventana electrónica, cuando menos nos obliga a pensar en el futuro de eso que venimos llamando desde hace varios siglos literatura. Un papel de primer orden desempeñó Internet en el desarrollo de Falun Gong, el culto chino que en 1999 desafió al omnipresente Partido Comunista Chino, así como en ese año organizó la sonada protesta contra la Organización Mundial del Comercio en Seattle, del mismo modo que es el *modus operandi* habitual para las grandes congregaciones de manifestantes (que se cuentan por miles y que ya constituyen todo un fenómeno social protestatario) de ONGs altermundistas cuando los poderosos del mundo (ya sean Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, G-8) deciden reunirse en clan para practicar sus políticas excluyentes sobre la faz de la tierra. Imposible dejar de nombrar el suceder de los acontecimientos entre el pasado 11-M madrileño y la jornada electoral del 14, cuando, en momentos de flagrante manipulación informativa gubernamental bajo la presión de una extremada vulnerabilidad del sistema, el simple pase de mensajes por telefonía móvil replicados una y cien veces llevó al pueblo a manifestaciones esporádicas en las calles de las grandes ciudades en una inaudita jornada de reflexión. Lejos de estar todo perdido, el hipertexto parece resituar el escenario

escritural en posibilidades que todavía desconocemos, pero que al menos intuimos. Acaso uno de los grandes peligros del nuevo soporte sea la voluntad de ser doblegado por el poder para beneficio propio como se ha intentado ya, precisamente un medio que nace con voluntad anárquica, descentralizadora, participativa y democrática como pocas veces ha ocurrido en la historia, aunque sabemos que fue inventado precisamente por y para el escalafón militar.

¿Es posible que de ahí pueda llegar a florecer esa suerte de arte total en la era de los medios electrónicos a la manera en que fuera augurada en épocas pasadas para otros discursos susceptibles de aglutinar en su seno todas aquellas posibilidades discursivas al alcance de su época? Desde siempre, o al menos desde la invención de los géneros, el ser humano se ha devanado los sesos por ampliar su horizonte de expectativas, no sólo en el interior de un único género, como ocurriera a lo largo de los siglos con la evolución de la novela⁹, el drama o la lírica, sino con el surgimiento de otros nuevos en tierra de nadie. El creador siempre pretende explorar nuevos horizontes más allá de los conocidos, y no vemos obstáculos como para que eso mismo no vaya presumiblemente a ocurrir con las amplias posibilidades que brinda la telaraña informática.

Las experiencias creativas hipertextuales realizadas hasta la fecha adolecen por lo general del hecho de que la novedad relega la hondura estética en favor del privilegio de las piruetas formales del nuevo medio, con lo que todo queda en fuego de artificios (Fauth, 2003: 120-1). No en cambio muchos de esos textos que, sin ser hipertextuales en sentido estricto, así han sido calificados apresuradamente, pero que a ojos de hoy se nos antojan con plena integración de forma y contenido. Quizá tengamos ya a nuestro alcance la utopía de la biblioteca universal (Chartier, 1999: 206), pero desde luego algo falta para lograr la utopía del texto electrónico susceptible de lograr el imaginario creativo humano: ¿desplazamiento o mejor convivencia y complementariedad entre tecnología Gutenberg y digital? ¿Para cuándo el *Ulises* de la era digital?

LA IRRUPCIÓN DE LAS DIFERENCIAS: POSTCOLONIALISMO, OTREDAD Y EMERGENCIA DE NUEVOS SUJETOS SOCIALES FRENTE AL DISCURSO CANONIZADOR

El contexto mundial ha permitido un vuelco de la inercia histórica de prácticas hegemónicas y preponderantes, exclusoras y centralizadoras, deglutidoras y humillantes propias de un Occidente arrogante desde prácticamente su fun-

⁹ “La novela («nueva»), de Cervantes al *roman nouveau*, siempre ha sido antigénero y *Afternoon* no es sino una última confirmación de ello” (Aarseth, 1994: 93)

dación cultural con Homero, generando el caldo de cultivo necesario para que esa cultura afirmadora, sin fisuras ni resquicios de ningún tipo, sea cuando menos repensada, e incluso en algunos casos abandonada en favor de posturas más equilibradas y aceptadoras de un mundo más vasto e integrado. Asistimos en las últimas décadas a un mundo donde por primera vez cabe pensar la «diferencia» en posición de diálogo y ya no necesaria sumisión como antes. Este fenómeno tendrá diferentes vertientes, desde la aceptación cultural de la periferia en las diferentes regiones del globo terrestre hasta el cuestionamiento de sus propios cauces afirmadores. Pero también son las otras diferencias del sistema, como es la aceptación de condiciones de igualdad de género o la aceptación de las diferencias sexuales, cualesquiera que sean sus prácticas. En definitiva es un cuestionamiento del canon varonil, blanco y occidental ejercido por quienes se han pretendido avanzadilla de la civilización de manera arrogante durante tantos siglos, eslorando las prácticas culturales hacia interesados espacios de dominio y usurpación, en consonancia con las otras formas políticas, sociales y económicas. Por primera vez en la historia, la cultura occidental ha tendido lazos de diálogo y ha salido de un cierto ensimismamiento contraproducente de siglos, ha reivindicado las minorías. Es la aceptación dialéctica de que toda cultura se construye sólo midiéndose con las otras que tiene a su alrededor, y no ya por sí misma. En el fondo, ello supone un paso revolucionario del culturalismo al multiculturalismo, la distancia exacta que separa la especialización del saber a la conexión definitiva y (Deleuze manda) rizomática, del conformismo eyaculatorio del telehogar a la rebeldía mediática (todavía por crear), de la exclusión social a la definitiva sociedad inclusora, de la autocracia del poder a la gestación de la verdadera polis democrática, del androcentrismo patriarcal a los discursos hacia la paridad de género. Y si por algún lugar ha de llegar la esperanza, precisamente esa buena nueva pudiera asomar por ahí.

Más de tres cuartas partes de la población mundial ha visto cómo su vida se ha desarrollado bajo la experiencia del colonialismo. El fin del siglo XIX acaba con un dominio aplastante de las potencias europeas, producto del reparto de África y Asia, ese fenómeno que dura todo el siglo hasta bien entrado el XX y que ha recibido el nombre de colonialismo. Dominio que no sólo se produce por la fuerza de las armas o las instituciones políticas, sino económicas pero también culturales y por supuesto lingüísticas. La progresiva descolonización que tiene lugar a lo largo del XX, así como el proceso de afirmación (neo)nacional en las diferentes realidades africanas tras la Segunda Guerra Mundial, produce el caldo de cultivo para la emergencia de identidades autóctonas silenciadas durante mucho tiempo y el despertar de realidades hasta entonces doblegadas a la voluntad cultural europea. Será el profesor

palestino Edward W. Said quien, a finales de los setenta, con su pionero estudio, titulado sintomáticamente *Orientalismo*, plantee la necesidad de afrontar en el seno de la cultura el asunto del colonialismo sin la mala conciencia intrusista de campos ajenos como la economía y la historia. La posibilidad de pensar al «otro» y afirmarlo desde Europa ha posibilitado también un mundo más ancho del tradicionalmente concebido dentro de los límites culturales europeos: ello supone la renovación de los paradigmas teórico-literarios occidentales y el replanteamiento del saber instituido hasta los ochenta como válido e incuestionable.

El ansia de dominio occidental sobre continentes enteros de África y Asia diseñó un tipo de dependencia cultural y lingüística respecto a Europa tan persistente que, en los diferentes órdenes, dichas realidades han quedado definitivamente marcadas. Este dominio por parte de portugueses, españoles, holandeses, británicos, franceses, belgas, italianos o alemanes, sin embargo, comenzó en el XVI durante las primeras conquistas de ultramar, lo que se ha llamado imperialismo dinástico o prenatal, aunque el término postcolonialismo ha pasado en crítica literaria al segundo imperialismo y a los procesos descolonizadores de emergencia nacional autóctona en dichas realidades. En especial dicha colonización operó por la fuerza de un desplazamiento de las representaciones autóctonas en favor de las extranjeras impuestas por los europeos. Ello tuvo un evidente efecto negativo de ruptura abrupta y traumática de los procesos culturales autóctonos, pero también otro inevitablemente hoy juzgado altamente positivo, como es el necesario contacto que entablan dos civilizaciones radicalmente diferentes: un proceso de simbiosis y, en cualquier caso, una inevitable transformación epistémica. Sin embargo, Said no utiliza el término «orientalismo», que ha hecho fortuna en los estudios crítico-literarios, para referirse tan sólo a Oriente desde un punto de vista cognitivo, sino, sobre todo, como modo de focalizar la representación imaginaria más allá del eje estatuido Este/Oeste: la literatura occidental construye su propia representación de ese mundo más allá de las tradicionales fronteras perceptivas en las que estaba comprendido el mundo hasta ese entonces.

Pero, si hasta mediados del siglo XX la cultura colonial venía dada por la clásica polaridad cultural centro/periferia, será a partir de la emergencia del capitalismo financiero cuando salga a flote un nuevo colonialismo global en manos de corporaciones transnacionales, desplazando esta concepción de las relaciones terrestres en favor de un pensamiento fronterizo reconocedor, por primera vez, de los derechos a la expresión de las diferencias culturales: “el espacio en el que se está verificando la restitución del conocimiento subalterno y está emergiendo el pensamiento fronterizo” dirá Mignolo (2000: 8). Frente a un imaginario del mundo moderno/colonial conformado por siglos de domi-

nio espectacular, fue creciendo la idea de un «orientalismo» que, por primera vez, es contemplado por el otro como su réplica y, curiosamente, como complementario. Sin embargo, la caída del muro de Berlín sustituyó un eje (Este/Oeste) por otro (Norte/Sur), donde la diferencia colonial ahora viene dada en forma planetaria, sin localización física del clásico Estado-nación, aunque, a diferencia del momento del proceso colonial (siglos XVIII y XIX) en el que Occidente fue la condición de posibilidad de existencia del orientalismo, ahora justo Occidente se piensa en posibilidad dialógica con Oriente (Mignolo, 2000: 8), e incluso consigo misma. Se ha llegado a decir que Occidente tiene la posibilidad de descolonizarse de sí misma.

Las formas culturales emergentes de la periferia del sistema históricamente dominante niegan el paradigma de la lógica imperial, bloqueadora de cualquier posibilidad crítica a favor de un pensamiento incluso utópico (por primera vez con la posibilidad de pensarse y de construir su propio futuro). Llama Mignolo «pensamiento fronterizo» al “del rumor de los desheredados de la modernidad; aquellos para quienes sus experiencias y sus memorias corresponden a la otra mitad de la modernidad, esto es, a la colonialidad” (2000: 27), la cual comienza en el XVI español, continúa con el XIX europeo y se revalida de forma deslocalizada con el capitalismo bursátil de fines del XX, reproduciendo otros esquemas de aquella colonialidad.

Europa vive desde los años setenta un proceso inmigratorio que comenzó tras el final de la Gran Guerra, con la necesidad de mano de obra turca para la reconstrucción alemana, siguió con el flujo migratorio desde las colonias asiáticas hacia la metrópolis británica, con los magrebíes en una Francia necesitada de mano de obra, y que tiene su última vertiente con los espaldas mojadas cruzando el estrecho de Gibraltar en busca de mejores condiciones de vida en una expansiva España incorporada a la locomotora de Europa. Pero es un doble proceso con su cara de cinismo en el corazón del viejo mundo cuando se cantan las loas del multiculturalismo al tiempo que se dictan leyes restrictivas que tienen como consecuencia más palpable el aumento de la barbarie, el sufrimiento y la violencia, un nuevo desequilibrio planetario y un desfase tanto mayor entre opulencia y miseria. Mignolo piensa la modernidad como colonialidad de manera inseparable e incluso derivada: “la modernidad necesita de la colonialidad para instalarse, construirse y subsistir” (2000: 35).

La literatura se ha mirado de siempre tranquilizadamente en el espejo viril masculino. La mujer quedó relegada desde bien temprano a los espacios íntimos del hogar y de la crianza de los hijos, y el hombre se construyó interesadamente en relación de dominio e incluso posesión respecto a su complementaria femenina. Frente al espacio doméstico íntimo, el hombre se

reservó para sí el social colectivo, se arrogó la representación institucional con todas sus variantes, incluso la del sistema literario y artístico. El imaginario representó a la mujer en dependencia, ya fuera bajo códigos de honor absurdos, ya de honra, ya de sumisión o realización del varón, ya de mera prótesis. Los sesenta crearon las condiciones para que la mujer comenzara a pensar su condición diferencial, y necesitó para ello redefinir patrones y pensar su propia realidad de sujeto social. El resultado fue un pensamiento liberador cuyas consecuencias últimas se están viendo en textos desestructuradores de la lógica pasada y cuyas consecuencias más palpables son la revisión histórica de todo el pasado. Frente a la exclusión patriarcal que relegó a la mujer a una cosificación, al menos las últimas décadas han sido sensibles a una liberación que tiene todavía mucho que andar, pero que al menos ha puesto las condiciones para un cambio progresivo que camina lento. Es el momento en el que la mujer se ha mirado al espejo y ha comenzado a deshilacharse la lengua, a contar su intimidad sin tapujos, a narrar su percepción de la realidad sin mayores tamices mediadores, a instaurar un sujeto femenino seguro y en condiciones de –al menos– una mayor igualdad.

Si la mujer ha sido históricamente objeto de la creación y no sujeto artístico, es también cierto que, desde esa desigualdad histórica, la mujer ha estructurado un pensamiento en torno a su condición social cada vez más sólido, aunque con el agravante de ofrecer tantas caras como las de la sociedad, desde un feminismo de base comprometido con las condiciones de clase y sociales de la mujer hasta otro ultraliberal donde este sujeto se piensa bajo el mismo narcisismo diferencial que ha posibilitado el propio consumismo. Sin embargo, escritoras jóvenes han abierto y conquistado un mercado ávido de esa mercancía, aunque sea para consumo de sus iguales, las jóvenes mujeres lectoras. Irrumpe una generación bendecida por los medios de comunicación y por cierta crítica, cómplice con la reivindicación ultraliberal de género, en el que pudieran inscribirse anteriores modelos de gran éxito masivo como *El diario de Bridget Jones*.

Aceptado, pues, el feminismo como conquista con una nueva generación de escritoras que hablan de su condición y del sujeto femenino sin ningún tipo de cortapisas, todavía queda pendiente la aceptación de minorías étnicas que, a pesar de los esfuerzos oficiales en premios nacionales, no dejan de ser una deuda histórica en nuestra sociedad: nos referimos a las culturas peninsulares que suponen toda una realidad palpable, tanto histórica como actual, y que conforman la totalidad de su riqueza, ya sean gallega, vasca, catalana o demás periféricas. Nuestra proverbial carencia de idiomas ha generado dinámicas de aislamiento cultural que han operado como lenitivo para seguir construyendo, de tal manera que culturas vecinas como la francesa o la lusa viven de espal-

das a nuestra realidad, debido a esa pasividad en la que nos hallamos instalados. Eso por no hablar de esa otredad emergente en los noventa, resultado de la inmigración por necesidad de mano de obra con la llegada de magrebíes, africanos y latinoamericanos que todavía siguen siendo una cultura en forma de *ghetto*. Si histórica es la relación de nuestra cuenca mediterránea con los espacios del Magreb, de algunos de los cuales somos directamente responsables en su historia no tan lejana, nuestra carencia actual parece un proceso de borrado oportuno a las circunstancias. En el fondo del mal se halla el sensible modo de administrar el mecanismo cultural de la traducción, como modo de instalar oportuna, política e ideológicamente aquello que más conviene, bien que sea ajeno a nuestra historia y a nuestra tradición. (España mira con desprecio lo que asoma más allá del estrecho, y vive de espaldas a las ricas realidades culturales del mundo árabe. Parece que quedan definitivamente lejos los tiempos en los que los trabajadores españoles se veían obligados a cruzar los Pirineos en busca de unas mejores condiciones de vida). La nueva cruzada antiterrorista ahonda todavía más, si cabe, en una diferenciación cultural y social absurda a poco que repasemos nuestra historia.

Todo este multiculturalismo constata un malestar en la cultura instalado en el propio sistema desde su base, de lo que tanto las diferencias regionales (asiáticas, africanas, indígenas americanas) de las más variadas culturas, las sexuales, con corrientes hoy organizadas de colectivos gays y lésbico-transsexuales, ya étnicas de los más variados colores de piel, han desembocado en la problematización en los estudios literarios del viejo problema del canon, ahora rediscursivizado: es decir, lo ha puesto en crisis. Existente desde la Biblia, adopta en el final de siglo un nuevo cariz a partir de la provocación conservadora del pope cultural anglosajón Harold Bloom. Como pliegues y repliegues del sistema, la emergencia de la diferencia conlleva parejo un movimiento defensivo del viejo y rancio pensamiento europeo por preservar los privilegios históricos, naturalizados a base de falseada historia, con lo cual voces temerosas del sistema han dado la señal de alarma afirmando, con toda la rotundidad de privilegios de que disfrutaban en el escalafón socio-cultural occidental, la importancia de mantener la jerarquización del sistema a fuerza de cantar sus grandezas: a ello, para que no quepan dudas, le ha llamado *canon occidental*. Es un intento de reconducir lo que algunas voces consideran el peligro de los nuevos bárbaros de Occidente, una invasión cultural que ha llevado a afirmar lo que entienden, no sin temor, como la muerte de la cultura muy recientemente y en diferentes discursos. Los llamados así «estudios culturales» serían el golpe de gracia definitivo de esta agonía, al traficar con presupuestos cognitivos y analíticos de lo que numerosos puristas consideran ajeno

al propio campo literario. Perdido el criterio de excelencia por el que se ha regido desde Homero la civilización occidental, la apelación al canon es el último intento de salvación para una cultura que se siente amenazada, pero que no esconde más que la no aceptación del nuevo orden mundial, con la emergencia de las numerosas minorías y de las culturas ampliamente divulgadas. Su trasfondo es la sonada crisis de las humanidades, perdiendo fuelle desde hace muchas décadas. En un mundo en el que incluso la institución concesionaria del prestigiado Premio Nobel se ha abierto hacia las más diversas periferias, resulta imposible entender el motivo de tanta apelación al criterio de autoridad e identificación tan férreamente preservadora como pretenden ciertas *lumberas* privilegiadas, con capacidad de incidencia social debido al escalafón que ocupan, de afirmar el sistema de castas culturales y privilegios históricamente.

Este replanteamiento del canon lleva a aceptar la ruptura de los códigos genológicos impuestos desde las vanguardias. Los tradicionales géneros estrictamente estructurados ahora pasan a su cohabitación en un mismo espacio textual. A partir de Joyce el texto es susceptible de ser abordado desde cualquier espacio, e incluso más, su estructuración viene dada por el hibridaje continuo desde el que se conforma. Las pautas clásicas aristotélicas de causalidad lógica del relato, composición lógica de la narración, creación de perfil pleno a los personajes, etc., se tambalean mostrando una nueva faz en el punto de cruce de los diferentes espacios textuales. Hay una búsqueda intencionada de tierra de nadie o espacio fronterizo entre discursos y géneros, un intento de desacralizar el texto a partir de su amalgama con los más dispares discursos de la realidad, y jugar a la descreencia en las convenciones que alumbraron el gran pacto mimético de la historia. Hoy más que nunca los discursos se buscan en su más amplia diversidad para construir un espacio textual producto de la amalgama y el cruce permanente de miradas ajenas.

Más que interferencias, el siglo XX profundiza en los trasvases entre géneros frente al acomodo delimitador que había perfilado la tradición. Todo ello no es más que la respuesta a un malestar histórico en el que había operado la escritura desde tiempo finisecular y que se llevaba incubando largamente. El molde perfilador de cada género se hacía insuficiente para albergar el total de inquietudes que se pretendían manifestar, de tal manera que el desbordamiento y los vasos comunicantes están a la orden del día a lo largo del siglo XX, con la novela lírica (por su acentuado ritmo poético), la lírica aconfesional y narrativa, el teatro monológico o accional, más próximo al circo, pero acentuado en este final de siglo que actúa en muchos de los casos como verdadera batidora textual.

DESCRÉDITO DE LA REPRESENTACIÓN: PUESTA EN DUDA DEL DISCURSO HISTÓRICO

Extendida el acta de defunción de los grandes relatos legitimadores del discurso histórico¹⁰, esa pérdida de confianza en el único modo existente de aproximación a las Verdades históricas del pasado humano ha dado paso al reconocimiento de las verdades parciales y, por ende, a la aceptación de los pequeños discursos como validadores históricos, pues la Verdad ahora no es más que producto de un consenso escritural. Si la historia realmente se la juega en el orden del relato, entonces la teoría del discurso, y con ello el discurso histórico, ha practicado un ejercicio de replanteamiento sin precedentes, intentando alejarse de la arrogancia de épocas pasadas para, con humildad, asumir una descreencia en sí misma desde el momento en que su componente es puramente especulativo al estar hecho del material del lenguaje, como cualquier otro discurso, ya sea ficticio o no ficticio.

Ni siquiera el discurso histórico, que había sido a lo largo del tiempo propietario absoluto de la Verdad, se salva de esta relativización. H. White lleva décadas demostrando el modo en el que la narrativa historiográfica distorsiona los acontecimientos más que los clarifica, por ser el relato histórico puro formalismo discursivo. Insertar un relato del pasado no es lo mismo, como pretendiera el realismo ingenuo, que encontrarse con ese pasado. Asumido el carácter de artefacto verbal del texto, el pasado no es un relato a la espera de su agente catalizador (el historiador), ni siquiera podemos afirmar que los hechos cuentan su propia historia, sino que son configurados en el orden discursivo previsto, esto es, en la estructura causal de principio, desarrollo y conclusión con que viene preservado el orden discursivo en Occidente desde Aristóteles: por lo cual es una operación literaria de sentido, productora de la ficción (sabido es que el viejo orden burgués requiere un correcto grado de inteligibilidad, armonía y coherencia). Sin embargo, advierte que la historia no viene dada por conexiones lógicas o causales, sino meramente metafóricas, al ser pasto del lenguaje y condensar así (desplazar) la representabilidad de los hechos: motivo por el que rehúye cualquier forma de realismo impuesto¹¹. Todo historiador, pues, no pretende otra cosa sino acercar al lector los hechos del

¹⁰ Véase al respecto la más aceptada de las opiniones: Jean-François Lyotard (1989). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, trad. M. Antolín Rato. Madrid: Cátedra, 4ª ed. (orig. fr. Éditions de Minuit).

¹¹ Precisamente en eso es en lo que se acerca el discurso histórico al literario y no al científico como se ha pretendido tan insistentemente: “ningún campo de sucesos aprehendidos como una serie de acontecimientos discretos puede ser descrito de forma realista como si poseyera la estructura de un relato” (White, 2003: 46).

pasado desde la lógica moduladora del relato escritural, con otro orden secuencial al producido en la realidad. Por eso le concede una importancia singular a los tropos, por ser éstos los legitimadores del lenguaje histórico. Frente al carácter científico que adquirió el discurso histórico en el pasado (con su halo de literalidad de los hechos pasados), se ha pasado a admitir un «retorno a la narrativa» (literariedad, diríamos), por ser construida precisamente en el orden de la figuración, trama y metáfora (el orden del discurso). Parece obvio, pero resulta necesario volver a insistir, como él mismo hace, que “la representación de una cosa no es la cosa misma” (White, 2003: 51). Su conclusión es que el conocimiento histórico es un conocimiento en segundo grado por quedar mediada la realidad de lo acontecido por el modo de expresión de la misma, “un tratamiento por medio de procesos imaginativos que tienen más en común con la «literatura» que con cualquier ciencia” (2003: 54).

Este relativismo epistemológico de una disciplina que se quiso para sí, desde el rigor positivista, científica, no ha hecho más que deconstruir su paradigma ante el malestar que le suponía tamaña deslegitimación. La literatura ha jugado de siempre con los límites entre la realidad y la ficción (ahí está la sutil maraña ficcionalizadora de *El Quijote*), sin embargo en este final de siglo la literatura jugó a romper esas fronteras para precisamente poner en evidencia el orden histórico de la Verdad y afirmar una permeabilidad tan porosa como susceptible de contaminación. Tal cual diría el profeta del *nouveau roman* francés, la ficción ha incorporado a su discurso ocurrencias falsas transmitidas como si fueran reales y convivieran con todos nosotros en la realidad, de tal modo que nos las hacen ver reales siendo falsas. Escribir es socavar el lenguaje, ponerlo en evidencia: ahora su maquinaria es puesta en cuestión o al descubierto a viva carne para mostrar sus contradicciones (Robbe-Grillet, 1963: 182-3). Pero, más allá incluso del revolucionario de las formas narrativas, hay en este final de siglo una plena conciencia de la imposible tarea de encontrar lo buscado, sino lo que la realidad ahora devuelve transformado mediante el acto de escritura. Novelización de la realidad, no ya al modo decimonónico de espejo de la sociedad, sino mediada ésta a través de la inevitable ficción (y no al revés como sucedía antes). La realidad como ficción y la ficción como realidad. Caídas las Torres Gemelas, ahora sabemos que la ficción hollywoodense de toda clase de imposibles puede plasmarse en nuestras realidades más complejas, por muy seguros que nos creamos en ellas y por mucha seguridad que nos ofrezcan nuestras modernas megalópolis. La ficción se ha establecido en la realidad, en un cruce ininterrumpido entre realidad y ficción, capaz de desdibujar cualquier esquema previamente trazado. Si antes la realidad era materia mimética de representación ficticia, ahora la ficción escapa a su condición mimética para venir del lado de la realidad y cohabitar

intencionadamente entre nosotros. Es la incredulidad de nuestra mente para con nuestros ojos, una moción de censura a la realidad real misma: “la realidad siempre nos traiciona” dice un personaje de *Soldados de Salamina*¹². La invención suplanta a la realidad con una vocación de perdurabilidad. La realidad es según quien la cuente, y este relativismo admite que deconstruirla no es más que construir una mirada determinada desde el espacio del presente. El recuerdo no es más que el resultado de la acción del presente, y en función de éste se construye. La acción se mueve por una reconstrucción verosímil sin necesidad de someterse a una identidad con lo sucedido absolutamente, como se creyeron antes (las versiones se diversifican: asistimos atónitos a la única posibilidad existente que es la evidencia de la reconstrucción). Para poder apreciar en toda su dimensión el esperpento de la política española¹³ basta con acudir al discurso ficticio de los guñoles de *Lo + Plus*, mucho más reales y convincentes que los personajes a los que representan, aun a pesar de ser toda su materia el látex. Para conocer en toda su complejidad el *star system* americano ya no necesitamos acudir a la sociología: basta con enchufar la televisión diariamente una hora para darse una buena dosis de realismo con unos simples dibujos animados en *Los Simpson*, mucho más convincentes que cuantas imágenes de la realidad norteamericana nos muestran los telediarios.

Toda sociedad necesita su propia representación social: forma parte de los vínculos invisibles que mantienen las significaciones imaginarias de una sociedad cohesionada (normas, valores, mitos, representaciones, proyectos, tradiciones, etc.). Todo individuo necesita este modelo de representación para integrarse socialmente. Pero vivimos en el final de siglo pasado el «hundimiento de la autorrepresentación de la sociedad», lo cual significa tanto como «una crisis de significaciones imaginarias sociales, que éstas ya no procuran a los individuos las normas, valores, puntos de referencia, motivaciones» (Castoriadis, 1996: 23) suficientes como era de esperar para su buen funcionamiento social: “la sociedad actual no se quiere como sociedad, se sufre a sí misma. Y si no se quiere como sociedad, es que no puede ni mantener ni forjarse una representación de sí misma a la que pueda afirmar o valorizar, ni engendrar un proyecto de transformación social al que pueda adherirse o por el que quiera luchar” (1996: 25).

Una moda reciente es lo que, no paradójicamente, se ha dado en llamar «relatos reales», a la manera de al exitosa *Soldados de Salamina* de J. Cercas

¹² J. Cercas, *Soldados de Salamina* (2001). Barcelona: Planeta DeAgostini, 2004 (orig. Tusquets Editores, 2001), p. 170.

¹³ Escrito al final de la crispada y autoritaria legislatura de J. M^a Aznar.

o de *Negra espalda del tiempo* de J. Marías, cuando en realidad todo relato siempre es inventado y, como tal, irreal. La influencia de la ficción en la realidad no hace más que incomodar al discurso literario ante la manifiesta insuficiencia de los moldes tradicionales del relato para con ciertos proyectos donde la realidad no deja de ser inspiración certera para trastocarla («falsa novela» la llama, por no ser autobiográfico ni ficticio el relato): parece demostrar la imposibilidad de seguir contando dentro de las marcas tradicionales. De ahí el gusto en la escritura actual por el memorialismo, autobiografismo y todas las marcas del yo, pero también del relato histórico, como proyecto de fondo de los últimos resquicios de una modernidad que asistió atónita al bombardeo del rostro y a su posterior intento de recomposición: una aprehensión cognitiva tan objetiva como imposible. La estructura narrativa que se construye al tiempo que avanza la narración: toda la novela es una indagación y su acción supone el instrumento de esa búsqueda.

Pero también son una serie de experiencias comenzadas en los sesenta, y herederas del *happening*, en las que el actor sale a la calle, inunda los espacios de tránsito públicos, incomoda en su rutina al transeúnte, le increpa y desplaza de su puro marco funcionalista, o el hecho de experiencias escénicas en salas, más recientemente, en las que la puerta de la sala se abre en un momento determinado para dar acceso en la representación, por ejemplo, al repartidor de pizzas al que previamente se le ha solicitado en directo desde el escenario su preciada mercancía, y este peón del mercado ahora centraliza el foco de atención del espectador, increpando incluso a la platea. Pero también es el gusto por el documental de ficción al que nos han acostumbrado las películas, o la pretensión de incomodar la realidad visible por parte del discurso poético con signos inquietantes que ponen en evidencia cualquier posibilidad de mimesis. Una pérdida de autoridad por parte de la realidad para pensarse.

Afirma Baudrillard que una buena “parte del arte actual centra sus esfuerzos en una labor de disuasión, en un duelo entre la imagen y lo imaginario” (1995: 16). Es un efecto de disuasión óptica del objeto real con intención de asistir meramente a la ilusión simulacral de la realidad. Habla Baudrillard de «psicodrama de la desaparición y la transparencia» (1995: 18). El mundo real se ha retirado en favor de su pura virtualidad. En eso consiste la llamada «era del simulacro» proclamada por Baudrillard, en la suplantación de lo real por sus signos, teniendo por consecuencia la inutilidad de la producción de lo real. Cuanto aparece significativo en el mundo actual se nos muestra hoy oculto en su forma. Los discursos más persistentes circulan en una compleja maraña comunicativa invisible llamada Internet. La aceleración del presente no es más que producto de lo que Paul Virilio llama «estética de la desaparición». La realidad siempre resulta sospechosa, y esa sospecha no puede darse tal cual a los

ojos, sino que conocerla significa un alto grado de ocultamiento, poseerla es una forma de desposesión. Creer que se puede conocer la realidad no es más que pura entelequia: “El mundo es una ilusión, y el arte consiste en presentar la ilusión del mundo” nos dice Virilio (1980: 39) en un intento desesperado por desvelar lo oculto de la realidad, aun sabiéndose fracasado en esa misión, pues cuanta más información tanto más sentimiento tiene el ser humano de extenderse a sus pies el «desierto del mundo».

DE ESTE LADO DEL IMAGINARIO

Sabido es que la forma no es más que el fondo emergido a superficie. La pérdida de sentido del mundo actual corre pareja a la renuncia de nuestras sociedades al análisis de la forma. De ahí que la pasividad social y política de un tiempo tan fragmentario, complejo, enigmático, tenga que ver con la anestesia general de los signos sobre los individuos, aquello que Castoriadis (1996) ha diagnosticado como «ascenso de la insignificancia».

Si imaginaria es, pues, la facultad humana de creación e innovación artística instituida desde lo más remoto de su agrupación social, Castoriadis otorga a esta actividad (creatividad sobre todo política) en su más vasto sentido ese utópico despertar que lleva a la humanidad a su redención definitiva, frente a un sistema en su apariencia justo, con derechos humanos incluidos (aunque no lleguen a todos por igual en la faz de la tierra, sino más bien reparto de ciertas soberanías estado-nacionales), donde mecanismos independientes de cualquier control social venden la ilusión de individualidad y libertad a las masas cuando, en realidad, es esclavitud del sujeto y dependencia consumista todo lo más. Esta seducción es la más vil treta de la sociedad de consumo actual. El triunfo de las democracias actuales atañe al individualismo en tanto procedimiento oligárquico de la estructura social que impone la producción y el consumo como horizonte dominante social al que tender (1996: 202). El individuo simplemente asiste seducido a estas formas vacías.

El imaginario, desde Platón, se encargó de pensar la polis o los espacios sociales como lugares habitables: hoy, el imaginario se enfrenta a la utopía de pensar nuestro destino como siempre realizó la literatura, desde lo más remoto del tiempo a infiernos totalitarios donde habitamos y en los que nos obcecamos en imaginar con el diseño de la grandilocuencia de nuestra megalópolis y la urbe moderna, producto de una política de escaparate ficción, sin crecimiento sostenible entre una *disneylandia* cultural y un complejo ejercicio de *meripopización* artístico-industrial en que nos hallamos inmersos. La arquitectura de estructuras paradójicas, ya sea el Guggenheim de Gehry o los puentes imposibles de Calatrava, los auditorios esculturales donde el conte-

nedor se construye como mero contenido, los rascacielos prodigiosos que retan las leyes más osadas de la gravedad, todo esto no son más que las dos caras de la misma moneda del problema, un particular modo de proyectar su imposible imaginario en esta fase final de la modernidad postcapitalista. Política de espectacularidad y grandilocuencia artístico-arquitectónica, cuya máxima expresión es la Valencia finisecular de Calatrava. Política de deslumbramiento (arquitectura-espectáculo) visual hasta el punto de que el edificio configura ahora una auténtica mole escultórica, autosuficiente por sí misma. En los aledaños de las megaciudades han crecido ciudades temáticas (Forum de las Culturas Barcelona 2004) que compiten en riqueza sígnica con sus mayores, en las que se hallan enclavadas, ya sean ciudades de la justicia, del arte y de las ciencias, o temáticas, como parques de atracciones (Terra Mítica, Disneyland, Port Aventura o Paramount), centros comerciales (Xanadú), ciudades deportivas, hipermercados o centros de ocio en los que el ciudadano puede pasar todo un fin de semana teniendo cubiertas el total de sus necesidades como consumidor sin ver la luz del día. Nuestra civilización, a golpe de modernidad, corre el peligro de caer en lo que el filósofo del humor gráfico El Roto profetiza al dibujar el estallido de una supuesta bomba atómica en forma de champiñón, en cuyo interior habita una exclamación alusiva a los temores inminentes del presente: «¡Por un nuevo humanismo, esta vez sin hombres!»¹⁴.

Vistas así las cosas, frente a un mundo de pensamiento único donde los peligros son otros diferentes a los del pasado, pero no menos presentes (y persistentes), precisamente por su dificultad de constatación para hacerlos emerger a superficie, la teoría del discurso continúa siendo pieza clave para el análisis sígnico de tanta complejidad, así como modo de hacerle frente. De forma pareja, un sector cultural encargado de seguir haciendo palpable el imaginario creativo (mejor diríamos los distintos imaginarios) de tanta complejidad, al tiempo que una sociedad civil movilizadora, pretenden muy conscientemente erigir el lema de la resistencia y de la rebeldía solidaria, un proyecto progresivamente articulado desde la red y que intenta desarmar al pensamiento anémico instalado en nuestras sociedades (auto)complacientes.

BIBLIOGRAFÍA

AARSETH, E. J., (1994). “2. No linealidad y teoría literaria”, en Landow, G. P. (comp.), *Teoría del hipertexto*, trad. P. Ducher. Barcelona: Paidós Multimedia, 1997, pp. 71-108 (ed. Orig. The Johns Hopkins University Press, 1994).

¹⁴ El Roto, *El libro de los desórdenes* (2004). Barcelona: Reservoir Books/Mondadori.

- BARTHES, R. (1975). *Roland Barthes por Roland Barthes*. Barcelona: Editorial Kairos, 1978 (París: Editions du Seuil, 1975).
- BAUDRILLARD, J. (1995). “Ilusión y desilusión estética”. En *Letra Internacional*, 39, pp. 16-22.
- CASTELLS, M. (1996). *La era de la información, vol. 1: La sociedad red*. Madrid: Alianza Editorial, 1ª ed. 1997, 2ª ed. 2000, 1ª reimp. enero 2001 (orig. ingl. *The Information Age: Economy, Society and Culture. Volume 1: The Rise of the Network Society*, Blackwell Publishers Inc.: Cambridge, Massachussets, 1996).
- CASTORIADIS, C. (1996). *El ascenso de la insignificancia*, trad. V. Gómez. Madrid: Frónesis/Cátedra/Universitat de València, 1998.
- CHARTIER, R. (1999). *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*, A. Cue (ed.). México: FCE.
- EAGLETON, T. (2000). *La idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales*, trad. R. J. del Castillo. Barcelona: Editorial Paidós, 2001.
- ECO, U., (2003). “Cambiará Internet el modo en que leemos? Resistirá?”. En *Radar, Argentina*, 7 de diciembre de 2003, trad. Sergio di Nucci. En <http://www.rebellion.org/cultura/031209ue.htm>.
- FAUTH, J. (2003). “Promesas y limitaciones de la narrativa hipertextual”, trad. P. Álvaro y Mª J. Vega, en Vega, Mª J. (ed.), *Literatura hipertextual y teoría literaria*. Madrid: Mare Nostrum, pp. 120-128.
- GOODMAN, N. (1978). *Maneras de hacer mundos*, trad. Carlos Thiebaut. Madrid: Visor/La balsa de la Medusa, 1990.
- GUELBEZU, J. Mª (2004). “La decadencia del lector”. En *El País*, viernes 6 de febrero de 2004, p. 12.
- JARAUTA, F. (2004). “Cosmopolitas”. En *Le Monde Diplomatique*, ed. española, marzo 2004, nº 101, p. 3.
- LANDOW, G. P. (comp.) (1994). *Teoría del hipertexto*, trad. P. Ducher. Barcelona, Paidós Multimedia, 1997 (ed. Orig. The Johns Hopkins University Press, 1994).
- LEPAPE, P. (2004). “La dictadura de la «world literature»”. En *Le Monde Diplomatique*, ed. española, marzo 2004, nº 101, p. 28.
- MÉNDEZ RUBIO, A. (2003). *La apuesta invisible. Cultura, globalización y crítica social*. Barcelona: Montesinos.
- MIGNOLO, W. D. (2000). *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, trad. J. Mª Madariaga y C. Vega. Madrid: Akal, 2003 (orig. ingl. Princeton University Press).
- MOULTHROP, S. (2003): “El hipertexto y la política de la interpretación”, trad. P. Álvaro y Mª J. Vega, en Vega, Mª J. (ed.), *Literatura hipertextual y teoría literaria*. Madrid: Mare Nostrum, pp. 23-31.
- POZUELO YVANCOS, J. Mª (1993). *Poética de la ficción*. Madrid: Síntesis.
- ROBBE-GRILLET, Alain (1963). *Por una novela nueva*. Barcelona: Seix Barral, 1ª ed. cast. 1965, 2ª ed. 1973.
- VALLS, F. (2003). *La realidad inventada. Análisis crítico de la novela española actual*. Barcelona: Crítica.

- VIDAL-BENEYTO, J. (2004). “El abrazo del oso”. En *El País*, sábado 7 de febrero de 2004.
- VIRILIO, P. (1980): *Estética de la desaparición*, trad. Noni Venegas. Barcelona: Anagrama, 1988.
- WHITE, H. (2003). *El texto histórico como artefacto literario*, trad. V. Tosí y N. Lavagnino. Barcelona: Paidós (org. ing. *Tropics of Discourse y Figural Realism*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978 y 1999).

CULTURA, CRÍTICA, UTOPIA

Alfredo Saldaña
Universidad de Zaragoza

Imágenes, símbolos, signos. Los procesos de imaginación, simbolización y significación son relevantes en los análisis de los fenómenos culturales y conciernen tanto a los productores como a los receptores de esos fenómenos, que son siempre actos intencionales, conscientes y deliberados en los que alguien proyecta un mundo que otro percibe e interpreta de una manera particular. La imaginación permite el paso de lo sensible a lo inteligible, de los sentidos a la razón; la simbolización propone la explicación de una cosa como símbolo o imagen de otra; la significación nos sitúa ante el ser de algo como señal o indicio de otra cosa. Las tres acciones se basan en unos parecidos procesos de traslación semántica y conceptual. En todo caso, se puede afirmar que la frontera que separa la práctica de la teoría (del gr. *theoreîn*, «contemplar») radica en la diferencia que hay entre una mirada superficial y una observación atenta. Platón se refiere al descrédito que sufre la teoría entre los políticos pragmáticos y sus defensores sofistas en la fábula de la caverna, donde el deseo de saber y de conocimiento (ese deseo compartido por todos los hombres, según Aristóteles) se presenta como algo inútil para la vida pública. La cultura filosófica que surge en la Grecia clásica se caracteriza por unos fuertes intereses teóricos, fundados en el más puro conocimiento, frente a la cultura prefilosófica anterior, orientada siempre por un interés práctico. No obstante, esta aparente elección de la teoría en detrimento de la práctica política no significa, en el caso de Platón, un alejamiento de la vida pública, ni siquiera un desinterés por los asuntos relativos a la organización de su ciudad. Hans-Georg Gadamer ha visto con claridad el alcance de la paradoja platónica: “El ideal de la vida teórica tiene, por lo tanto, también una significación política” (Gadamer, 2000: 26), paradoja que al parecer desconocen —o quizás conocen demasiado bien— muchos mercaderes de la vida política de nuestros días que envuelven bajo un

halo de sospecha —cuando no optan directamente por su eliminación— el más mínimo atisbo de teoría, cultura y pensamiento crítico.

Imaginación e imaginario son, para Cornelius Castoriadis (1999), vocablos que designan una misma facultad de innovación y creación cuya presencia se percibe de forma individual y colectiva en todas las sociedades. Esta facultad de innovación y creación —lo que Castoriadis (1999: 92) denomina «imaginario social instituyente»— afecta a todas aquellas actividades, formas y manifestaciones elaboradas por el ser humano: creencias, valores, costumbres, discursos verbales, artefactos técnicos, aparatos tecnológicos, productos artísticos. El imaginario social instituyente elabora significaciones imaginarias sociales (el Dios de las religiones monoteístas, por ejemplo) e instituciones (la Iglesia, la Justicia, la Cultura, entre otras) que cristalizan en el imaginario social instituido.

La imaginación vive en la cultura. En palabras de Castoriadis (1999: 98): “La cultura es el ámbito del imaginario en sentido estricto, el ámbito poiético, aquello que en una sociedad va más allá de lo meramente instrumental”. Ahora bien, la imaginación no vive sólo en la cultura, aunque ésta sea uno de sus escenarios más frecuentados. La imaginación, en todo caso, implica un proceso complejo de representación en el que la imagen representada puede proceder tanto de la percepción de algo físico, sensorial, como del recuerdo, la fantasía o la propia imaginación; en estos casos representamos las cosas a través de la imagen de una imagen, es decir, nos encontramos ya no ante la reproducción de un original sino ante la copia de otra copia. Por esa razón, y puesto que estamos instalados en una postmodernidad cuyo *éidos* se encuentra amenazado por la fotocopia, la virtualidad, el simulacro, la apariencia y la falsificación, se hace imprescindible un replanteamiento de los conceptos de *autor*, *originalidad*, *estilo* e *imitación*, centrales en el pensamiento estético a lo largo de su historia. Dada esta situación, es necesario recuperar el elemento ideológico en los discursos sociales contemporáneos y denunciar las perversas y en muchas ocasiones interesadas relaciones que hay entre determinados pares de conceptos (discurso/poder, teoría/praxis, saber/utilidad) que habitualmente se presentan en régimen de exclusión. Las producciones culturales y artísticas, sin embargo, parecen haberse beneficiado en nuestro tiempo de ciertos impulsos globalizadores y se han convertido en un conjunto de prácticas que —junto a manifestaciones de otros ámbitos políticos, religiosos, educativos, etc.— contribuyen a construir y cohesionar una determinada sociedad, una singular imagen del mundo. Pero a la vez esas mismas producciones culturales y artísticas aparecen fuertemente condicionadas por los argumentos económicos, comerciales y financieros que rigen la globalización neoliberal, cuya ideología pretende imponerse como único criterio axiológico en las

relaciones sociales. Por esto y por otras razones una educación crítica tiene ante sí el desafío de elaborar un nuevo imaginario político desde el que crear propuestas culturales que sean expresión de una sociedad comprometida con la libertad, la igualdad y la fraternidad, valores —como es sabido— explícitamente reconocidos en la Declaración universal de los derechos del hombre y del ciudadano, redactada en plena Revolución francesa, valores sobre los que se asientan los cimientos de la modernidad y que todavía hoy continúan siendo de responsabilidad. Como señala P. Bourdieu (2001: 82):

La independencia, difícilmente conquistada, de la producción y de la circulación cultural respecto a las necesidades de la economía se encuentra amenazada, en su mismo principio, por la intrusión de la lógica comercial en todos los estadios de la producción y de la circulación de los bienes culturales.

En este sentido, algunos planteamientos elaborados desde los estudios culturales (Raymond Williams, Richard Hoggart) han señalado la conveniencia de entender lo cultural —más allá de los efectos placenteros y terapéuticos que provoca en el receptor— como un escenario ideológico de conflictos y luchas sociales. La conciencia cultural desempeña así una función cada vez más importante en los procesos de identificación social. Amin Maalouf (1999) se ha referido a estas cuestiones al señalar que hoy modernización significa en gran medida occidentalización, un proceso que, naturalmente, no viven de la misma manera quienes han crecido en el seno de la civilización dominante y quienes lo han hecho más allá de sus fronteras, en el ámbito de las civilizaciones dominadas. Mientras que los primeros suelen adaptarse a estos procesos de transformación multicultural sin demasiados problemas, sin dejar de ser en lo esencial ellos mismos, para los segundos, “para todos los que han nacido en el seno de las culturas derrotadas, la capacidad de recibir el cambio y la modernidad se plantea en otros términos” (Maalouf, 1999: 88); para todos los no occidentales, concluye Maalouf (1999), la modernización ha implicado siempre perder una parte importante de sí mismos, lo que les ha provocado una profunda crisis de identidad. Gustavo Bueno (1997), por su parte, ha aludido al mito de la identidad cultural (sea esa identidad un rasgo local, regional, nacional, supranacional o universal), ha propuesto el sintagma «cultura instrumental compleja» (1997: 211) para referirse a la cultura dominante en nuestro tiempo que resulta de la inversión y que no genera ningún tipo de formación y ha señalado cómo, en definitiva, la cultura no es algo inocente y ajeno a los intereses, valores y concepciones que la sustentan: “no es la cultura, como un sistema morfofodinámico, lo que está en crisis, sino, a lo sumo, las sociedades intercaladas en esa cultura, debido sobre todo a los conflictos que a través de las culturas mantienen los pueblos entre sí” (Bueno, 1997: 209).

Conflictos entre pueblos a través de las culturas, choques entre civilizaciones (Samuel P. Huntington), la globalización neoliberal no se plantea como la construcción desde abajo de un escenario complejo y multicultural sino como la imposición de un imaginario ideado a la medida del pensamiento único (ese que fundamentalmente responde a los intereses de los mercados financieros especulativos).

Pierre Bourdieu (2001) ha llamado la atención sobre un hecho alarmante en las sociedades contemporáneas: los estados —sus gobernantes, quienes gestionan en ellos el poder— han renunciado a sus responsabilidades políticas, han convertido los servicios públicos (sanidad, educación, vivienda, seguridad, cultura) en bienes comerciales y han transformado a los usuarios en clientes, “subcontratando los ‘servicios públicos’ al sector privado, renunciando a su poder de hacer disminuir la desigualdad (que tiende a aumentar de forma desmesurada)” (Bourdieu, 2001: 32). El modelo parece encontrarse en los Estados Unidos de América y lo han adoptado casi todas las instituciones locales, regionales y nacionales occidentales. Convertida, pues, la cultura ya en un bien de consumo, comercial, parece evidente que será el mercado el motor encargado de generar los intercambios y las plusvalías que se produzcan, hecho contra el que habrá que resistirse y rebelarse. En diciembre de 2001, la Conferencia General de la UNESCO aprobó por unanimidad una Declaración Universal sobre la diversidad cultural, un documento que es papel mojado sin una convención amparada por el derecho internacional que reconozca la singularidad de los diferentes bienes y servicios culturales. Al parecer, en la Conferencia General de otoño de 2005 se debatirá y votará esa convención, que cuenta con partidarios (liderados por Francia) y detractores (con Estados Unidos a la cabeza, país que importa sólo el 2% de su consumo cultural). Esta convención alude a una cooperación con los países del sur (por ejemplo, en materia de coproducción y distribución cinematográficas) y su aprobación supondría poner en tela de juicio el predominio del derecho comercial sobre los demás derechos, cuestionar el libre cambio salvaje que hace de la Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario Internacional, la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico y el Banco Mundial los impulsores y principales garantes de la globalización liberal y, en ese mismo sentido, reivindicar la identidad cultural como un proceso colectivo basado en la memoria, la tradición y la experiencia, un proceso que responde a causas políticas e históricas determinadas (convendría recordar a este respecto que los países hoy más decididamente libre-cambistas —con Estados Unidos y el Reino Unido a la cabeza— han construido su potencial económico en buena medida sobre un proteccionismo que ahora condenan). Está en juego la defensa de los bienes comunes, los servicios públicos y los derechos sociales. Así, una polí-